

hay página que huelgue, ni que parezca pesada, ni que esté desprovista de una observación curiosa, de una nota típica, de un pensamiento propio, de un sentimiento agradable: todo es fluido, sencillo, encantador, ilustrativo y original; todo deslumbra a nuestra fantasía ó cautiva nuestro sentido ó recrea a nuestro intelecto. Ilustra y deleita; hace sentir y pensar. ¿Qué más puede pedirse a un libro?

Tenía razón mi joven amigo: la obra de Gómez Carrillo era una obra sana. ¡Y cosa rara, por cierto! ¡Formar un libro con esta excelencia—que tan pocos escritores modernos infunden a sus trabajos,—tratándose una materia enfermiza y neurótica como lo es, sin ningún género de duda, el actual modernismo literario! ¿Cómo ha logrado esto, Enrique Gómez Carrillo?

Dos causas, igualmente poderosas y a par predominantes, encuentro que expliquen la bondad de un libro cuyos temas son el decadentismo ultra y la neurastenia de los escritores contemporáneos: el temperamento propio de Gómez Carrillo y su concepción general del Arte.

Hablemos un poco de ambos motivos, por igual interesantes, que así estudiaremos de una vez al autor y al libro.

No conozco a Gómez Carrillo; no sé si es nervioso ó líntático, sanguíneo ó flemático; no conozco sus ideas filosóficas ni sus principios estéticos; no he leído más que su libro *Literatura Extranjera* y una carta con la cual me lo remitía desde París para conocer mi juicio sobre él y que ha sido publicada en la REVISTA NACIONAL; pero tan bien le veo retratado en esas páginas que, sin sentar plaza de psicólogo y crítico perspicaz, voy á apuntar los rasgos más salientes de su temperamento artístico.

Por lo pronto, su tendencia hacia lo que se ha dado en llamar «modernismo literario», es cosa que saltó a la vista y que cualquiera puede advertir en *Literatura Extranjera*. ¿Cómo ha caído en él Gómez Carrillo? Apuntaba al principio de estas líneas el cansancio intelectual que á mí mismo, con ser tan joven, me abruma en ciertos días, después de muchos otros de estudios continuados en pleno campo científico y en medio de las ideas positivistas que informan las obras de los modernos novelistas, poetas y filósofos; y agregaba, comentando un admirable pensamiento de la ilustre autora de *L'Allemagne*, que tiene toda la fuerza de un axioma, que ese cansancio producido por la ciencia y ese desconsolador pesimismo por ella sola engendrado, únicamente lograba combatirlo con nuevos estudios y más acopio de lecturas y meditaciones. Idéntica cosa, ó yo mucho me equivoco, ha debido acontecer en el espíritu de Gómez Carrillo, quien, vencido y doblegado por todas las ideas que informan al naturalismo que se va y á la psicología de los Bourget y Marcel Prévost, ha buscado sensaciones nuevas, por vía de recreo y de descanso, en las obras de los místicos rusos, de los decadentes franceses y de los *idéologos*—en cierto sentido filosófico modernísimo—noruegos y alemanes. Pero aquí debo apuntar un pe-

queño detalle, que distancia mi modo de pensar del de Gómez Carrillo. A fuerza de hurgar literaturas neuróticas, raras y decadentes; de estudiar el modernismo literario y recrearse con el exotismo, el autor de *Sensations de Arte* ha concluido por hacerse decadente á su vez, olvidando, por consiguiente, las ideas que informaron su educación artística, mientras que yo, menos impresionista y más apegado á las ideas de Hippólito Taine, no he aceptado el decadentismo sino como un mero descanso intelectual, un oportunismo literario, la última manifestación de unos temperamentos ahitos de sensaciones, cansados en un día de las ideas corrientes, flácidos de lo vulgar y de lo burgués y sedientos, en cambio, de emociones nuevas, violentas, originales y extraordinarias. Por eso, en estética, sigo admirando lo que lleva el sello de lo real y de lo verdadero, si desconocer, por de contado, el mérito que entraña el decadentismo como escuela literaria de transición, en tanto que Gómez Carrillo, después de haber oficiado de crítico á la manera de Hennequin, por lo que dice relación con el gusto literario y el impresionismo solamente, se dedica á producir un trabajo artístico y lo que escribe es... *La suprema voluptuosidad*, página vibrante de nervio hasta el paroxismo, análisis agudísimo de un temperamento extraordinario que llega á la *morbidessa*, sensación refinada y neurasténica que tiende nuestros nervios, como las cuerdas de un violín, para arrancarles la nota precisa, á riesgo de reventarla y dejarnos sangrando y moribundos.

Y aquí es que mencionaré los caracteres distintivos de la crítica de Gómez Carrillo que más certifican el temperamento artístico que le vengo bosquejando: la simpatía y el cosmopolitismo. Uno y otro, estrechamente hermanados, llevan al escritor á fijarse más en los sentimientos que en las cuestiones de retórica, y á aceptar un eclecticismo que no deja de tener sus puntos de contacto con el de Richter, por contraposición á las preferencias de sectas y doctrinas literarias que defienden estos ó aquellos críticos. Quiere decir que al gramaticismo de Malherbe, por ejemplo, ó al retoricismo de Brunetière—por no irnos tan lejos,—opone la doctrina de la simpatía artística fundada en el carácter social de la emoción estética que sustentaba Guyau, modificada ligeramente con ideas propias; y que á las intransigencias de «escuela literaria», y considerando que la creación de la belleza es igualmente realizada por Ovidio, Goethe y Dickens—creo que tendencias artísticas más antagonicas no podría yo citar por vía de ejemplo,—opone el colectivismo del Arte, la exaltación del mérito intrínseco de una obra por la obra misma.

No importa, pues, según el autor de *Literatura Extranjera*, que los decadentes se aparten de todas las reglas retóricas que mantenían á los escritores del siglo XVII, con tal que expresen una idea y traduzcan un sentimiento: la retórica debe evolucionar—y evoluciona en verdad, como hay que reconocerlo, pues según hace notar Edmundo de Goncourt en el prólogo de *Chérie*, hoy han dejado de ser neologismos muchas vo-

ces que lo eran antes de 1830,—y adaptarse á las ideas modernas. Lo primordial es que el escritor nos presente un estado de alma ó un documento humano ó una idea propia ó un sentimiento nuevo ó una institución, hecho ó costumbre extraño, raro, exótico ó personal. Por el simple hecho de expresarse una sensación fielmente, nuestro sensorio vibra á par del que así ha sabido expresarla; y esta solidaridad del mundo del sentimiento, este acorde psíquico entre dos almas humanas, esta correlación de afectos, de emociones y de ideas debe bastar al crítico y al artista. El Arte tiene como elemento de transmisión, si vale la figura, la sensibilidad (no olvidemos que entre las emociones de placer positivo, según la lógica clasificación de Dumont, lo bello ocupa un rango principalísimo); y ora sea la belleza física, ora la moral, ya la puramente intelectual, jamás existe como no afecte nuestro sensorio. Por lo tanto, la teoría de la sensación que inició Hutcheson y abandonada desde que Kant dictó los principios de la escuela racionalista, revive ahora con la savia que le inocular el altruismo moderno,—informado á su vez por la simpatía ó armonía, como se quiera mejor, que une á los seres vivientes en la percepción de la emoción estética. Cierto es que la teoría de la sensación, tal cual la predicaban los más eminentes filósofos de la escuela escocesa, ofrece lagunas imposibles de llenar, y, por lo tanto, no responde satisfactoriamente á muchas de las cuestiones formuladas contra ella por las ideas modernas y que no me es dado reproducir aquí; pero lo que no podríamos negar, sin palpable terquedad, es que sea ó no la belleza una propiedad inherente á determinados cuerpos, ella es percibida por medio de los sentidos, y existe la transmisión de estados mentales y vibraciones nerviosas entre todos los seres vivientes.

Pero no es posible que nos detengamos ahora á dilucidar si la belleza está en el objeto percibido ó si, por lo contrario, y según expresa Campoamor, repitiendo poéticamente una idea de Kant, sólo se encuentra en los ojos del que mira: la discusión de problema tan interesante no cabe en este estudio, que más es exposición y síntesis que crítica y análisis. Dejemos, pues, sentado que Gómez Carrillo juzga (él no lo dice, pero de su libro se desprende tal conclusión) que el fin del arte lo constituyen las ideas y los sentimientos del autor expresados de modo y manera que la impresión causada en el espíritu de los lectores revista el carácter primordial de simpática.

Mas, ¿en qué medida se aceptan aquellas ideas y estos sentimientos? Aquí aparece un nuevo factor: la novedad. Está claro que una sensación repetida concluye por no interesarnos, y es así como nos explicamos el que deleitándonos con la belleza de un cuadro como el que ofrece Elsa, vestida de blanco, al salir, en el acto II de *Lohengrin*, á la terraza y ser bañada por la luz de la luna, concluya este mismo cuadro, después de contemplarlo varias veces consecutivas, por no despertar en nosotros emoción de ningún género. De manera, pues, que el artista está obligado á engendrar causas capaces de

promover efectos nuevos en nuestro sensorio. Pero, cabe preguntar entonces, ¿pueden crearse en el mundo pasional y afectivo emociones nuevas? Es un principio psicológico universalmente admitido que la cantidad de sensaciones humanas y de los sentimientos denominados simples es fija é invariable en el espacio y en el tiempo. Por otra parte; aun cuando el artista experimentara una sensación nueva, sugerida por su propio temperamento, podría muy bien acontecer que ella no hallara repercusión simpática en los lectores,—y por esto sólo, según la teoría expuesta, el fin artístico perseguido se ha errado—Es, como se ve, todo un problema á resolverse, y de ahí lo difícil que se hace, día á día, encontrar asunto para una obra artística. Queda, es verdad, el recurso de refinar las sensaciones, haciéndolas alcanzar grados de intensidad que tal vez no soñara el mismo Fechner, centuplicando su fuerza sobre la normal aun á riesgo de aniquilarnos, y esto, precisamente, es lo que han hecho los modernos escritores. Examinadas las ideas, pasiones y sentimientos que informan las obras de la inteligencia humana, desde las primeras edades de la historia hasta nuestros días, y veréis que aquellos son siempre los mismos, variando únicamente en lo que dice relación con la expresión personal: Hamlet repite á Orestes, Cervantes á Apuleyo, Falstaff á Thersites, Grandet á Euclión, el Cid á Ajax, Tennyson á Virgilio y los celos de Medea, el Satanás de Milton, la ambición de Gloucester, las Helenas y Artemisas, Sganarellos y Armandos son siempre los mismos, cambiando tan sólo en los detalles y en la intensidad de las pasiones é ideas que representan. ¿Hasta qué punto no han sido estudiados el amor, el crimen, la virtud, el adulterio, la avaricia, el heroísmo, etc.? Leed á Iatchackoff y sus dolores y sufrimientos—os recordarán los de su compatriota Dostoyewski ó aquellos tan terribles del autor de *Mis prisiones* ¿Cuál es la nota espantosamente dolorosa que ha de arrancar hoy un artista para repetir á estos otros citados, sin plagiarlos? ¿No se ve claramente la cuasi-imposibilidad de lograrlo, aun en el caso de que el autor estuviera dotado de una sensibilidad tan extremada como la del mismísimo Gaspar Hauser?

Y he aquí, por donde venimos á comprender el moderno decadentismo de los poetas franceses que estudia Gómez Carrillo. Deseando, á toda costa, sentar plaza de genios, ó, por lo menos, de originales, han exagerado sus ideas hasta lo inverosímil, falseando sus sentimientos, refinando sus sensaciones, haciendo de sus pasiones verdaderos Cáucaños del mundo moral, como medio seguro de lograr el efectismo y hacerse incomprensibles. Moreas, Reynaud, Saint-Pol-Roux, Jules Bois, etc., han logrado darnos sensaciones nuevas y raras, vivas y violentas; pero han echado mano de recursos nada legítimos. La obscuridad, en Arte sobre todo, nunca será una belleza; y de mí sé decir que cuando leo un párrafo y no lo entiendo ó no le encuentro atadero, en vez de hacer lo que muchos hacen, es decir, maravillarse y proclamar al autor como un genio, me quedo tan fresco y no me preocupó ni del poeta ni del libro. Y no se diga

que soy refractario á las nuevas corrientes literarias, por que nadie más que yo admiraré seguramente lo que tienen de legítimo y de bello los poetas citados y nadie se deleitará tanto como yo con las obras de los Ibsen, Sudermann, etc., etc. La cuestión está en cómo se mire el decadentismo; y como le considero yo es más bien para elevarlo que para hundirlo. Y así como muchos de sus partidarios, que no entienden de la misa la media, juzgan que su principal mérito es el de hipnotizar nuestra inteligencia con la visión de lo extravagante, yo, por mi parte, doy carta de ciudadanía al decadentismo, aceptando la fórmula preconizada por Hegel:—que las formas de expresión de la belleza son siempre perfectas é iguales, no habiendo otra imperfección que la que resulta de la misma idea.

De acuerdo con estas ideas, Gómez Carrillo también se goza con lo raro y con lo nuevo, pero no bate palmas á las incongruencias de algunos poetas franceses. Hablando de Maeterlinck, por ejemplo, nos le presenta bajo la fe de la palabra de Max Nordau, y él, Gómez Carrillo, tan sólo nos aplaude, ó parece aplaudir, la historia de Hjalmar y Maleina. Es que el autor de *Literatura Extranjera*, está conforme con Hennequin, respecto á que el crítico no debe juzgar una obra, sino explicarla. Por eso él no nos dice que los versos de los decadentes franceses ó los dramas de Hauptmann ó las obras de Pouchkine ó el *Diario* de María Bashkirtseff sean conformes á las supremas leyes del arte; bástale sentir la obra, compartir la emoción estética de su autor, poner en ejercicio su sensorio en una palabra. ¿Lo ha logrado? Ese placer, puramente intelectual, que engendra lo nuevo, lo nunca escuchado, ¿llega hasta su cerebro? ¿Ha vibrado su sensorio simpáticamente al descubrir un sentimiento original ó una idea rara? Pues ya no exige más de un artista.

Detrás de estas emociones, Gómez Carrillo ha paseado su espíritu por toda Europa, y cuando su alma sedienta del néctar divino de las flores de Apolo hubo apurado el cáliz que le ofrecían las literaturas del vertiginoso espíritu parisiense, de la soñadora Alemania y de la romántica península itálica, lanzóse decidido y febricitante al imperio de los Czares, á la húmeda Albión y á los países sin sol que se miran en el resplandeciente espejo de los hielos polares.

Este cosmopolitismo intelectual de Gómez Carrillo, según he dicho más arriba, es carácter distintivo de su crítica y explica al mismo tiempo su temperamento y sus gustos. Espíritu abierto á todas las manifestaciones del genio humano, que se asimila con tanta rapidez como simpatía, no le oponen una valla ni los cambios más bruscos, ni las ideas más antagonicas, ni las costumbres más raras. Bajo cielos empapados en torrentes de luz solar ó en días brumosos cargados de tristezas desconsoladoras, su alma de artista ha renovado constantemente los horizontes, persiguiendo el espíritu de raza y los genios más poderosos de todas las nacionalidades. Allí donde otro se hubiera envenenado respirando perfumes de flores desconocidas, él ha encontrado los mismos encantos que el poético fuma-

dor de tombecki extrae de su nargilé de cristal. Como Byron, puede vanagloriarse de haber «chupado los libros como si fueran flores» y el néctar que de ellos así ha extraído, es ese análisis delicado, perfecto, ileno de encantadoras observaciones y de detalles afligranados. Y este judío errante del pensamiento que ha vivido un día en cada comarca, cada noche bajo nuevas estrellas, cada hora en un rincón distinto del planeta, compartiendo hoy las viejas baladas escocesas, mañana los frescos glaciados de luz de Pietro Perugino, al día siguiente la filosofía de Bostrom y otro día los cantos guerreros de Kærner ó los cuentos de Sacher Masoch, derrama por igual, sobre las obras más opuestas, la luz clarísima de su análisis, tomando en tres ó cuatro rasgos de lápiz la silueta de un escritor y el carácter típico que es el alma de su obra. Y no se crea que es cosa de poca monta saber penetrar en el espíritu de las literaturas extranjeras: considérese, tan sólo, que para lograrlo es menester olvidar los gustos contraídos, las lecturas favoritas, las ideas aprendidas desde la infancia, las impresiones que nos son simpáticas y sobre todo esto, el espíritu de raza, el clima, las costumbres, etc., que son otras tantas vallas que nuestra propia inteligencia se opone al pretender penetrar las obras de inteligencias extrañas. Yo, que he recorrido un poco todas las literaturas, puedo certificar estas dificultades; por otra parte, ¿quién, entre los que me leen, no se ha sentido extraviado al penetrar en ese mundo que nos abren los novelistas rusos, por ejemplo? Todo nos asombra y nos rechaza, desde las ideas y las costumbres, que son corrientes en el gigante imperio moscovita, hasta el diálogo y el estilo que informan esas obras. Por manera que es necesario un poder de generalización subidísimo y un gusto artístico bastante desarrollado para alcanzar lo que Gómez Carrillo en su libro *Literatura Extranjera*, y convegamos que ambas cualidades no son de las que se encuentran á la vuelta de cualquier esquina.

Considerado el cosmopolitismo desde otro punto de mira, él nos explica acabadamente muchas de las ideas artísticas de Gómez Carrillo. He dicho más arriba que éste acepta un eclecticismo á lo Richter que le lleva á apreciar una obra por la obra misma, sin que le preocupen mayormente la cuestión de la escuela literaria á que ella pertenece. El cosmopolitismo artístico es el que ha engendrado esta norma de conducta en el autor de *Literatura Extranjera*, y no podía suceder de otro modo. Cuando nuestro espíritu penetra y sabe discernir las ideas que presiden á la existencia del naturalismo,—tomaré este ejemplo por ser él más comprensible,—fácil le es reconocer que los grandes maestros franceses, rusos é ingleses que militan en aquella escuela, obedecen á cánones distintos y por igual todopoderosos. Naturalistas lo son Zola, Elliot y Turgueneff, y sin embargo, ni el naturalismo francés se parece al ruso, ni éste al inglés. Por otra parte, si grande y digna de admiración es la obra de los maestros citados, no menos grande y objeto de calurosos elogios son las obras de otros

maestros que no han sabido nunca del naturalismo. La inteligencia suprime las fronteras de las naciones y hace gemelas las obras inmortales; ó, según dice Emilio Castelar, «en la infinidad del espíritu caben todos los genios, como en la infinidad del espacio caben todos los soles.» Yo no sé si Gómez Carrillo ha tenido en las manos *Los héroes*, de Carlyle, y si ha leído ese magnífico pensamiento en el prólogo del orador español puesto al frente de la obra; pero lo cierto es que él constituye toda la base de la filosofía artística de *Literatura Extranjera*.

Por todo lo dicho hasta aquí, pueden ya los lectores juzgar la obra que estudio. No he hablado, sin embargo, de un mérito, tal vez el más principal, que caracteriza a *Literatura Extranjera*, y él no es otro que la presentación que nos hace de ingenios poco menos que desconocidos. ¿Desconocidos de nosotros? No quiero acusar injustamente á mis compatriotas; la verdad es que hoy por hoy las naciones viven, en materia de Arte, tan aisladas las unas de las otras como si se encerrarán, respectivamente, dentro de una triple Muralla China. Salvo uno que otro nombre, que de puro conocido casi se pronuncia él solo, los demás literatos distinguidos, y muy mucho, de una nación, permanecen ignorados para las naciones vecinas. No hablemos de nosotros, pues, que bastante sabemos de lo extranjero (más de lo que éste sabe de nosotros,) y esto vaya dicho sin parar mientes en que tenemos por costumbre inveterada hablar de Max Nordau, Rosny y Verlaine, por ejemplo, cuando esos señores han muerto ó pasado de moda—que viene á ser lo mismo;—pero en España, en Italia y en la misma Francia tan cosmopolita y amiga de curiosos hallazgos, se ignoran los nombres y las obras de eximios maestros que son toda la gloria artística de una nación. ¿Qué sabía Francia de Gogol, Tolstói, Turguenefi, Dostoyewski antes que Melchor de Vogué se tomara el trabajo de presentarlos debidamente? ¿Qué sabe aún París, exceptuados Sudermann y Hauptmann, de esos escritores que son la gloria de Alemania llamados Halbe, Freitag, Wilbrandt, Kleist, Gutzkow, etc.? ¿Qué sabía hasta hace muy poco tiempo España de los literatos italianos, exceptuados Amicis y Farina, siendo así que entre ellos los hay de tanto mérito como Verga, Capuana, Matilde de Serao, Ada Negri, Rapisardi, etc.? ¿Qué sabe aún Madrid del parnaso contemporáneo francés—como lo declara el estudioso Jacinto Octavio Picón en el mismo prólogo de *Literatura Extranjera*,—ó de los novelistas griegos Demetrio Bikelas, Jorge Drosinis, Argyros Eftaliotis, Karkavitzas, Vizyenos ó Xenoponos, por citar algunos? ¿Y quién de entre nosotros, salvo uno ó dos eruditos de verdad, sabría hablarlos de los *lakistas* y citarnos cada uno de los poetas que corresponden á los lagos Derwentwater, Coniston y Windermere? ¿Y quién es el sabio que se me para delante para decirme que ha leído á los escritores del Norte? Descartados Ibsen y Andersen, ¿quién conoce á Sceren Kierkegaard, Bjornstjerne Bjornson, Guillermo Bilderdik, etc.? Nadie. La más supina ignorancia guardamos respecto de todos estos escritores; y

aquel que cite alguna vez á uno de ellos es observado como un *filosófo*,—como me ha acontecido á mí mismo en más de una ocasión. Pues igual *ignominia*, si no es más grande, tenemos de esos otros literatos que estudia Gómez Carrillo en su libro *Literatura Extranjera*, y consiste que la mayoría de ellos, si no de tanto *mimético* como los que yo he citado, tienen por el momento la ventaja de ser más modernos y de estar más en boga en sus países respectivos. Strindberg, Bostrom, Heyse, Pouchkine, Walt Whitman, Swinburne, Bashkirtseff, D'Annunzio y los poetas jóvenes de Francia (simbolistas, místicos, decadentes, wagnerianos, etc.) que forman la galería de Gómez Carrillo, son artistas de tanto mérito en su país como desconocidos para nosotros.—¿Qué gratitud y qué aplausos no se merecerá el autor de *Sensaciones de Arte* por la tarea cumplida en su último libro, si se consideran las anteriores reflexiones? ¿Qué consideraciones no tributaremos al autor que nos ha hecho conocer tantos literatos por nosotros ignorados, presentándonoslos en breves y gráficas pinceladas, con sus rasgos más salientes, sintetizando en pocas líneas toda una obra, narrando anécdotas interesantes, traduciendo con donaire y exactitud muchos trozos,—todo esto en un estilo fluido, primoroso, lleno de góticas molduras y de matices deslumbrantes?

No es, pues, un *cliché* decir que *Literatura Extranjera*, «ha venido á llenar un vacío»—como declara en su prólogo Picón:—por esta vez, la frase cursi se torna obligada y exactísima, ya que la obra de Gómez Carrillo nos da noticias tan plenas y verdaderas de las ideas, obras y personalidades que ignorábamos. Y aunque no tuviera otro mérito que éste el libro ó del joven escritor americano, él sería suficiente para arrancarnos nuestros más calurosos parabienes.

VICTOR DE PÉREZ PETIT.

«Aires de montaña»

DE NOCHE

Francisco Sotelo y Calvo, el galano y conocido literato argentino residente en la actualidad en París, donde imprime sus obras, nos ha enviado como primicia literaria un capitulo del libro *Aires de montaña*, que existirá á la venta en las librerías del Pladara á fines del próximo mes de mayo.

Como prueba de la meritoria labor y fecundidad de Sotelo y Calvo, diremos que á la obra ya citada le seguirá *Cuentos de mi padre*. La Redacción de esta Revista estima en lo mucho que vale la atención obsequiosa del insigne autor de *Poesías*, cuyas producciones son recibidas con placer por los amantes de la buena literatura.

LA VIUDA FRAYBLER

Los segadores se vuelven ya almorzados hacia la montaña, luciendoles á la espalda las hoces, y los despedimen alegremente las mozas que en el barbecho se quedan para juntar con rastrillos de freres no las pajillas sazonadas, cuando María y yo, por el camino de Andeer, seguimos pasoso acaba, paso empieza, la carretera que brama el sol meridiano.

Muy risueño es el programa.

Allá, pasado Sillis, á doce kilómetros de Thussis, al espirar de la tarde, comeremos en el «Hotel Fravi», llamado *Kromi* por los lugareños. Luego regresaremos, caida ya la noche, á tomar el lecho en nuestro mirador encantado de la Via-Mala.

Los días que han transcurrido mientras iba en madurez el proyecto, han enconado en nosotros el deseo de experimentar la impresión que despierte en nuestras almas sensibles la viajata á pie y solos, de noche, por el más agreste camino que se conozca en Suiza.

Finalmente hoy haremos la experiencia. Este desfiladero, en el silencio abandonado de la alta noche, debe de ser imponente.

Si al promediar el Valle del Heinseberg la visión es plácida, al terminarlo y lanzarnos en la angosta garganta, se transforma lúgubre el aspecto general. Y se convierten tan bien el panorama con el estado psicológico de María, que la sensación la mueve á preguntarme:

—¿Y no has traído el revólver?

—¡Verdad!—le contesto, fingiendo una expresión de contrariedad infinita.

Descubre el fondo cómico de mi fingida inquietud, y sonríe. Yo entonces, chanceando, empiezo á analizar su exclamación. Nacida ella, como fué, del fondo de su alma, á la luz del mediodía y generada por el recuerdo del proyecto de volver á media noche, y solos, á recorrer el camino que tal temor la sugiere, me da motivo de risa y me lleva á proponerle, muy serio, tomar un guía, y mejor,—agrego—que te parecería si armásemos una escolta?

Poco le cuesta persuadirme que no morirá de miedo. Y siguiendo la broma, tan en veras comenzada, finge ponerse muy serio. Después, mirándome de hito en hito:

—Pero, si tal sucediese,—continúa,—si yo muriese de un susto. . .

—¡Ah! sí. . .

—No; no te rías. . . ¡Vamos! y se pone aún más grave. Prométeme que no te casarás en segundas nupcias. . .

Una carcajada estalla sobre el segundo puente de la Via-Mala.

— . . . ¡Con la viuda Fraybler!—termina ya uniendo el suyo á mi estrepitoso reír.

¡Oh! ¡Dios santo! La risa no me dejaba hablar. . . ¡Qué admirable modelo para un pintor flamenco hubiera sido la tal viuda Fraybler!

Hostelera de los Grisones, monstruosamente gruesa, tiene una berruga á modo de perilla sobre la orla del lóbulo de la oreja izquierda. El cuerpo hidrópico le tiembla todo, por poco que se mueva, cual si fuera amasado de pasta gelatinosa; no tiene ya dientes, ni ve; pero se pinta y acicala de la manera más cómica; cecea en el hablar y se hace la bonita, como una de esas perrillas de piel rasurada que mantienen regalonas las mujeres de los soldados de guarnición en el Bajo de Palermo. Á tales dotes une el de un inconsiderado abuso de rapé; á todo el mundo ofrece polvillo. Si imagina que el parroquiano la observa, se contonea; luego carga su nariz chata; y mientras que gestacula y hace monadas, explota inopinadamente el furibundo estornudo y empieza la

de secarse con el pintado pañolón de hierbas, la remolacha que desarticuló el cataclismo.—¡Sí! ¡Sí! Perdónese usted. . . ¡Sí! ¡Sí! ¡Chin! ¡chuff! Y la segunda explosión, si es que escapó la primera, pone de perlas al próximo.

LA HISTORIA DE JUAN CALDAR

Ya lo creo. . .

Prometí en seguida á mi compañera que en atención á su pedido, sólo en atención á su pedido, no me casaría con la afectuosa ventera. Y entre risas y entre bromas llegamos á un pueblecillo.

Al entrar en él nos detuvimos en un alto peñasco, donde cierto chicuelo robusto, con pantalones remendados y botines constelados de clavos de á media pulgada, tendido en tierra y la cabeza coigante en el precipicio, soplabá dentro de un cuerno que producía un monótono quejido; quejido que, desdoblándose con los caprichos del eco, se volvía desde muy lejos, aquí y allí rebotado por las cuencas de la montaña. Entretanto, por el peñón vecino, apoyando las patitas en las casi invisibles grietas de las rocas, aparecían las cabritillas del rebaño, lentamente mordiendo, ora á un lado, ora á otro, la fresca grama; y de tiempo en tiempo ramoneaban los arbustos montaraces, poniéndose, para hacerlo, en esas actitudes graciosas que inmortalizó el arte griego. Los faunos en las faunalias no tuvieron jamás una materialización más dulcemente bucólica.

—*Minga italiano*,—repuso el chico entre risueño y huraño á mi pregunta de si Andeer quedaba distante de allí.

Entonces, medio por señas, le pedí el cuerno y traté de imitar los sonidos que de él sacara. . . Pero así como sonaron algunas notas y aquella especie de bramido, distinto del que acostumbraba oír, llegó al rebaño, vimos con asombro nuestro y apuro del pastorcillo precipitarse como atemorizadas las cabras huyendo de nuevo hacia la profunda sima. . .

Riéndome candorosamente con su hermosa cara ingenua, tomó el muchacho vivamente el instrumento y prorrumpió en redoble armónico de quejidos de oboe, cuyos ecos parecían castigar materialmente el ganado; tal era la precipitación de los pasos con que venía éste triscando á medida que la música sonaba, acompañada ya entonces del trinar de las agrias campanillas que en los pescuezos cerdosos se balanceaban. Al aparecer entre las rocas y congregarse en la cumbre como presa todavía de la honda desconfianza, el atillo movía sus cabezas inquietas, enfilaba las agudas orejas en dirección á nosotros, y apenas si se acercaban al pastor muy contados animales.

Dos monedas de níquel hicieron al chicuelo aumentar el vigor de sus soplidos. Cuando ya estuvimos lejos, nos despidió con la armonía dejativa y mimosa que arrancan al cuerno de caza los monteros de los Alpes.

Seguimos nuestro itinerario volviéndonos de tarde en tarde para contemplar aquel cuadro digno del pincel de un buen artista, y hasta muy lejos nos acompañan los *liamba*. . . que daba la trompa al viento.

En la plazuela de un alegre caserío tenemos que pasar por entre vistoso grupo de aldeanas que nos saludan cariñosas. Mansísimas gallinas picotean confiadamente por todas partes adueñándose de la calle y de la plaza, y cruzan como por entre los palos de su propio gallinero, por entre manos y patas de los bonachones caballos de un carro cargado de heno.

Deteniéndonos en el mesón *Kreuz* tomamos un jarro de cerveza que nos refrigeró bastante y nos probó que el lúpulo de la región no tiene los atributos de Aquiles; y, al poco rato de volver á ponernos en camino, divisamos entre árboles los rojos techos de las casas del pueblecillo de Andeer, en cuyo hotel la sopa humeante nos aguardaba.

Pero aquí todos son recuerdos, y, por más que iba dispuesto á no hacer filosofías, tuve un amago de ellas al pasar por debajo del ruinoso castillo de Fardüm. Muestra á María con el brazo extendido el punto en que nació la independencia grisona, y aquélla me cura en salud diciéndome:

—Aquí está escrito—y eleva en alto la guía, como lo hiciera con el Corán uñ mahometano.

Pero llegamos al hotel. Apenas sentados en su comedor de cristales, el cual se halla como respaldado al camino, entra en él el alberguero. Es amable y disertó, como todo buen fondero suizo, el señor Warberg. Nos contaría sus intimidades domésticas; ¿cómo no lo ha de hacer con los sabidos recuerdos que evitó oír María? Yo no desvío ni un ápice la conversación de la ruta que le ha trazado el ventero. Mi compañera ahogaría á Juan Caldar. Desde que estamos en los Grisones nos cuentan su historia por todas partes: parece que quisieran la aprendiésemos de memoria.

—¡Sí! También tenemos historia. . . Y en Suiza más que en las enormes pero jóvenes repúblicas de ustedes—me decía el fondero.—Sepa usted, que aquí cada región ha sido un país distinto, que hubo de luchar por su emancipación. Sí, señor. Cada una. Nuestros señores feudales eran un poco menos soportables que la tutela que sobre ustedes tenía la vieja España. Ustedes federalizaron para ser libres como nación, después de haber unitariamente formado cada una de las que hicieron: nosotros, federales, descentralizadores por esencia y convicción, federalmente nos fuimos poco á poco libertando. Cada uno para sí y Dios para todos. . .

—Juan Caldar ¿fué un campesino, verdad?—le pregunto por cortar el chorro de las reminiscencias históricas, que habrían seguramente de llevarle á parar en la cuestión política de escociente actualidad.

—Sí, señor. Pero tenía como el más encumbrado de los suizos el respeto de sí mismo y la convicción de la igualdad ante el derecho. Por eso, sí, por eso, ¡sépalo usted! un día que cenaba y entró el señor feudal en su dehesa y allanó insolentemente la casa y con profundo desprecio escupió en el plato de sopa donde el labriego cenaba, tan pronto como el relámpago éste se echó sobre el noble, y antes que nadie fuera parte á detenerle, estrangulando al ofensor, le hizo Caldar hundir la agonizante cabeza en

el plato de sopa que condimentó su insolencia: ¡Malgia! ¡Malgia asez el pult cha ti has conduit! Come, come,—le decía en romanche—come la sopa que tú has condimentado. Así murió el último baillío, y así la libertad comunal de la comarca quedó sellada,—terminó con arrogancia el hostelero.

Luego hablamos de la vida tan patriarcal y saludable llevada en estas comarcas.

Yo, retribuyendo sus noticias, le di mil otras de nuestra lejana y hermosa tierra argentina, orgullo de propios y admiración de extranjeros, donde tantos de sus compatriotas van, y con razón, en busca del nuevo vellocino de oro. Las colonias suizas de Buenos Aires y Santa Fe, tomaron cuerpo ante sus ojos, y escuchaba mi relato con muestras de vivo interés. ¿Y quién no habla con delicia de su patria admirable, y quién no siente orgullo cuando escucha se la ensalza?

FRANCISCO SOTO Y CALVO.

(Concluirá.)

MONÓSTROFES

Hero y Nana

Confundir la pasión que amor trasciendo con la pasión que el interés allega, es confundir la virgen que se entrega con la vil prostituta que se vende.

Virtud réproba

Entre el hombre que es honrado por temor á las sanciones y el ateo que es virtuoso por ceñirse á su moral, se abomina en todo caso por los torpes y sayones al que, exento de vestutas y vulgares tradiciones, ama el bien por el bien mismo y odia el mal por ser el mal.

Vida diaria

Matinal: aleteos, resplandores; meridiano: estallidos de pasión; vespertino: media tinta en los colores; nocturnal: lobregueces, inacción.

La Santísima Trinidad

Trinidad espeluznante que unifica el matrimonio; marido, mujer y amante. . . . Cristo, Judas y el demonio.

La imagen de Dios

. . . . Se oyó una voz austera decir con energía: «Su fe es una impostura, su credo hipocresía; invoca las virtudes y ejerce la maldad; el interés lo impulsa y la pasión lo arrastra; la huella de sus pasos es del reptil la rastra. . . .» La voz que así clamaba llamábase verdad.

Menipea

Miente quien diga ser una diatriba esta verdad, ponzante como un tajo: la plebe andaz y analfabeta arriba; la haeste ilustre y cívica abajo.

Ciencia hermética

Químicos que anhelaís descubrimientos, analizad, si os place, el corazón, y en él encontraréis dos elementos: el palúdico gas de los tormentos y el hilarante gas de la ilusión.

Lobos y corderos

Si tú quieres ver tu nombre conocido y respetado, por los tontos aplaudido, por los necios aclamado, sé fecundo para el vicio, sé prolífico en el mal; que en la lucha por la vida, implacable y despiadada, ¡cuántas veces cae vencido, batallando en la jornada como incógnito cruzado, el cruzado del ideal!

DANIEL MARTÍNEZ VIGIL.

SOL Ó NÚMERO

Tomás y Jacinto eran como dos hermanos. Juntos habían trepado cuando muchachos a los viejos guindos, rojos de frutos; juntos habían cazado pájaros en las quintas, y juntos los veían siempre don Urbano el curandero y demás ciudadanos de la aldea. Más tarde, cuando fueron mozos, creció aquel apego, que acabó por ligar también a las familias. Marido y mujer les llamaban los vecinos. Para colmo de singularidad, cuando llegaron a la línea florida de los veinte años, una misma saeta de Amor hirió sus dos pechos y una común adoración se levantó de ellos, como una misma nube de humo formada por dos troncos inflamados.

El amor, que entre personas desconocidas es con frecuencia comunicativo, no lo fué para estos dos seres tan fuertemente vinculados. Fuente escondida en el alma del uno, y secreto inviolable en el interior del otro. Pero al fin el secreto fué entrevistado por Tomás, y quiso desde entonces descubrirlo, verlo a plena luz, como si fuera cosa propia.

Así pues, regresando una noche para sus casas, en el tiempo de las flores fabulosas, cuando pende el heliotropo ebrio de amor y la magnolia esparrama en los follajes su blanca, abordó resueltamente a su amigo, haciéndole a quemar ropa esta pregunta:

—¿Qué te parece Alejandra, la hija del Juez de Paz?

No lo dijera! Como ladrón sorprendido, quiso Jacinto ocultar bien hondo el tesoro que llevaba en el alma y que creía invisible, pero sus ojos lo denunciaron; pero por su rostro pasó una sombra de espanto; pero algo extraño llegó hasta el mismo centro de su pobre existencia, y tras una breve lucha entre su rubor de apasionado platónico y su deber de amigo, acabó por contestar:

—Tomás, he hecho mal en no decirte. No sé yo mismo por qué no te lo he dicho antes; pero ahora, que llega el caso, no debo ocultarte que adoro a esa mujer, y que ella forma mi esperanza.

—¿Y ya le dijiste algo?

—Yo no, Tomás. Los otros días estuve en casa el Juez, en la fiesta de las trillas; y creerás que me anduve escondiendo para no hablarla?

—¿Y por qué?

—No sé. Creo que le tengo miedo.

—¿Y qué esperas?

—El tiempo y mis reflexiones. Tal vez si en la escuela me hubieran enseñado algo más y hubiese tenido mejor cabeza, a la fecha se lo habría dicho todo.

No arde en los cielos una estrella que no me mire con sus ojos, ni canta un zorzal del monte que no me recuerde el metal de su voz. La veo, y siento tanto respeto por ella como por la Virgen Santísima. Te aseguro que me encuentro parecido a un pantano, y a ella igual a un lirio.

—¿Y le has hablado alguna vez?

—Sí. El día en que ella fué madrina de Pedro. Le hablé al salir de la iglesia.

—¿Y qué le dijiste? ¿Le dejaste comprender algo?

—Creo que le hablé del tiempo. . . .

Tomás no pudo disimular una sonrisa irónica. En ese momento voló una perdiz bajo los pies de los viajeros, y un *jacuruti* dejó oír su grito. . . .

Llegaron a las casas, y se separaron. . . .

Al otro día, muy a la aurora, Tomás mandó a buscar a su amigo. Éste ya estaba levantado y se disponía a dar un vistazo a la hacienda dispersa por la verde pradera, entre los cardos, el trébol y las margaritas. Cuando llegó a la cocina, donde Tomás lo esperaba, éste le habló así:

—He pasado la noche en vela, pensando, y te mandaba buscar para tratar de una cosa grave.

Jacinto presumió algo, pero dejó que el otro continuara.

Tomás prosiguió:

—Recuerdo haber leído cuando muchacho el caso de dos hombres sentenciados a muerte, a uno de los cuales quiso hacer gracia de la vida el Emperador del país, dejando que ellos resolvieran cuál debía morir y cuál salvar. Lo cual, Jacinto, era duro, porque los dos hombres eran amigos y se confesaban el miedo de tratar con la muerte. ¿Sabes lo que hicieron al fin? Jugaron la vida a cara o cruz, y murió el que tuvo mala suerte.

Tú me dirás a qué viene esto, y yo te respondo: Nos hemos criado juntos; hemos pensado casi siempre lo mismo; en el juego, si tú no tenías plata, yo te daba la mía, y lo mismo hacías tú. Cuando estábamos aburridos siendo muchachos, nos poníamos a jugar; tú me *pelabas* por el gusto de reparar después la ganancia conmigo, y yo era así también. ¿Es ó no es cierto?

—Es cierto, Tomás.

—Ahora aplico mi cuento. Alejandra es tu esperanza. . . y también la mía. La quiero más que a mi padre y que a mi madre. Si me dijeran: tirate al Uruguay con una piedra al cuello, lo haría sin vacilar. Si me mandasen echarme al fuego por ella, tampoco vacilaría. No sé que me ame. Me parece que pudiera ser, pero soy ante todo tu amigo y no quisiera jugarle una mala partida. Soy como tu hermano, pero no podría decirte así no más: enamórala tú. Es el caso de los dos bandidos. Uno debe salvar y otro debe morir. ¿Quieres que tiremos a la suerte, a sol ó número, y el que acierte sea feliz y el otro desgraciado? Aquí está la moneda.

—Acepto, contestó Jacinto, porque veo que los dos la queremos con la misma fuerza. Pero ¿y si ella no te ama y tú me ganas?

—Eres un niño. Siempre te lo he dicho.

En primer término, la mujer sabe cuando se la quiere de veras, y después de todo no resiste a la constancia del hombre apasionado. ¿No se rindió Paulina, aquella morocha como el trigo, al *gringo* Bautista, todo llenode pelos colorados y de pecas amarillas, sólo porque el italiano la quería como un desesperado?

Tú conoces la historia, y sabes que Paulina le es fiel. Los tres hijos tienen el pelo y las pecas del padre.

¿Y crees que yo ó tú que ganáramos, no conseguiríamos ablandar los rigores de Alejandra?

Al fin somos jóvenes, y nuestros padres tienen fortuna. El italiano no tenía más que la yunta y el arado y los dedos para jugar a la *murra*. En cambio, Paulina era codiciada porque, además de linda, era rica. Si no, ¿con qué compró el molino Bautista?

—Bueno, acepto, acabó por decir Jacinto, saliendo como de un combate de pasiones. Voy a sol!

Los dos jóvenes se sentaron en el suelo, fuera del *ranchito*, frente a frente; sus piernas extendidas casi formaban un círculo, y, en el momento de lanzar Tomás la moneda de cobre, ambos levantaron los ansiosos rostros y siguieron con los ojos atónitos el raudobajar de aquel disco metálico, del cual en una cara podía haberse escrito *Vida!* y en la otra *Muerte!*

El sol salía en ese instante, todo rojo, en el confín. Y también para Jacinto el sol salía.

Los pitirrojitos entonaban sus primeras canciones; las pitas hurafñas alzaban a la altura sus graciosas girándulas llenas de puntos de oro; las fuscias de fuego despertaban despaciosamente, y allá, en las quebradas, las últimas sombras de la noche iban huyendo como fantasmas heridas por victoriosos ejércitos. . . .

VICTOR ARREGUINE.

Flores de otoño

Yo he vivido contigo en la floresta,
Donde los lirios, tristes como tú,
Extienden sobre el lago transparente
Sus hojas verdes, su corola azul.

Tu cuello era de nácar, tus mejillas
Tenían la blancura y palidez
De las flores que brotan con el beso
De las auras y mueren al nacer.

Pasastes y pasé: como el aroma
Que sus átomos leves difundió,
Así desapareciste. ¿Dónde has ido?
¿Adónde has ido que lo ignoro yo?

Yo he vivido contigo en los salones
Alfombrados de rojo carmesí;
Tus mejillas tenían la frescura,
La palidez marmórea del jazmín.

Tu cuello era de cisne, tu mirada
Tenía la magnética atracción
De los mundos que forja en la memoria
La musa del poeta soñador.

Cariñosa visión de mis ensueños,
Como la vida efímera y fugaz,
Pasastes y pasé. ¿Dónde te has ido,
Que no te vea en los salones más?

JOAQUÍN DE SALTERAIN.

Carta del doctor Amunátegui Reyes

Santiago, 11 de marzo de 1896.

Señor don Carlos Martínez Vigil
Montevideo.

Mui señor mío: está en mi poder su apreciable carta del 15 de febrero último, i junto con ella recibí también los números de la REVISTA NACIONAL DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES, que Ud. ha tenido la amabilidad de remitirme.

Agradezco profundamente a Ud. los inmerecidos conceptos que Ud. espresa en su carta respecto a mis trabajos literarios, i en respuesta a la invitación que Ud. me hace para que yo colabore en esa REVISTA, solo diré a Ud. que me considero mui honrado con su ofrecimiento.

Cuénteme, pues, en el número de los colaboradores de esa importante publicación, i disponga de s. a. i. s. s. q. s. m. b.

MIGUEL L. AMUNÁTEGUI REYES.

CARNAVALES

Del joven y distinguido escritor argentino Manuel B. Ugarte, director de la interesante "Revista Literaria" de la vecina capital, hemos obtenido para la nuestra el artículo que a continuación publicamos.

Al entusiasmo y bullicio sucedieron la calma, la inercia. La ancha caizada antes cubierta de grotescos arlequines se vió mustia, abandonada; y sólo quedaron sobre el pavimento los rotos trofeos, como recuerdos de escarnio y protestas de la pasadaleccura.

Él estaba allí. Y aquella mueca de Pierrot desfalleciente, extenuado, a la claridad indecisa de la aurora, tenía algo de siniestro y de estúpido; era algo así como la sátira del mundo, pero no de ese mundo que nos fingimos, sino del real, del imbécil, del que llora cuando ríe y ríe cuando llora.

Mientras en los salones reinaba todavía la orquesta, una pareja elegante descendía lentamente la escalera del Club. Ella conservaba el antifaz y se apoyaba con negligencia en el brazo de su acompañante.

—Dame esa flor—dijo él.

Ella sonrió:

—Es tuya—repuso con coquetería, entregándole una rosa viva, encarnada, como una mancha de sangre.

Y pasaron felices, radiantes, sin reparar en que un hombre se ocultaba al pie de la escalera para observarlos.

Cuando llegaron a la puerta, ya el lacayo se había adelantado a buscar el carruaje. Llegó éste, pisó ella en el estribo y se disponía a dejarse caer sobre el mullido asiento, cuando se detuvo bruscamente. Quería respirar un poco de aire libre, y se quitó el antifaz.

—Imprudente!—murmuró él.

Y aquello fué un relámpago. Sólo se oyó un grito terrible: ¡Miserables! y tres cuerpos rodaron sobre el pavimento.

Algunos segundos después la rosa encarnada flotaba sobre un charco de sangre.

Lloraba una mujer, pero lloraba con ese llanto indeciso, pronto a tornarse en carcajada, al primer empuje del despecho. Sólo faltaba un incidente, un detalle, y la risa estallaría terrible, insultante, como un huracán. Y las lágrimas serían gotas de agua y los sollozos gritos de ira.

—Él ha huído con Colombina, sí, lo sé. Ahora sólo busco a Arlequín, para caer en sus brazos.

Cantaba. Cantaba una monótona canción con estribillo siempre igual. Aquella garganta aguardentosa, aquel cerebro embruteado, no sabían más. De pronto, dejó caer el vaso, el vaso cristalino lleno de champagne espumante y de sus labios brotó un nombre de mujer.

Tronó la orquesta, corrieron las parejas a ocupar sus puestos, y nadie oyó aquel gemido, que era quizá el compendio de un drama.

Sólo se volvieron todos para escuchar el último grito del cantor pidiendo una última copa de champagne.

Terminaba el baile:

—Vienes?—dijo el Pierrot enfarinado a su extraña compañera.

Ella hizo resonar una carcajada estridente, y huyó en sus brazos, mientras Arlequín crispaba sus músculos de acero y, misteriosa como un delito, se deslizaba una lágrima bajo el antifaz de la perjuración.

Amanecía, y sobre el pórtico del suntuoso edificio dormía aún el pobre niño, agazapado sobre el umbral. Sintió quizá frío—el frío de la madrugada;—y, después de desesperarse, se restregó duramente los ojos y se puso de pie.

Otra vez, otra vez, a pasear los andrajos por la ciudad. Tenía la cara grotescamente pintarrajeada; él también, aunque miserable y sin nido, había querido fingirse un carnaval.

—¿Qué frío!—dijo con su débil, voz de muchacho enfermizo, mientras se inclinaba a recoger una colilla de cigarro.

Llevaba un cascabel al cuello, un cascabel que producía un ruido siniestro en medio de la calle solitaria.

—Bah!—continuó.—Caminando se va el frío.

Y sus pasos resonaron lúgubres sobre la ciudad dormida. . . .

Ya empezaban a abrir sus tiendas los comerciantes madrugadores y él seguía todavía andando sin rumbo por las calles desiertas, con su cara pintarrajeada y su cascabel a la espalda.—Era quizá un símbolo, el símbolo de la humanidad en su marcha errante por las riveras del crimen.

Y allá, allá, en la región de las tinieblas, reía Momo, el dios de la locura. Se desgranaban sus carcajadas como golpes de tambor.

—Vamos!—repetía empujando al mundo con el pie—ríe conmigo! . . .

MANUEL B. UGARTE.

DE MI LIBRETA

Hay muchas cosas en la vida que tienen el don de entusiasmar y apasionar al hombre; pero de todas, una sola es la que subsiste, la que llena el alma eternamente y da sus frutos: el amor verdadero, el bien y el cumplimiento estricto y exacto del deber.

Si queremos, aquí en la tierra, tener nuestra parte de felicidad inquebrantable, ante todo apasionémonos por esto.

¿Qué pacto, hecho entre el hombre y la sociedad, es el que ha desheredado a la mujer del conocimiento consciente y razonado del bien, de la virtud, de la verdad, de la libertad, de todo lo grande y noble que agita y mueve al espíritu humano, de todos los sentimientos que, —excepción hecha del amor— es lo único que se le concede hacen apresurar las palpitations del corazón y estremecer las fibras todas del sentimiento? Ninguno. Y entonces, ¿por qué de una manera tan encarnizada se le niega el derecho de pensar, de sentir, como piensa y siente el hombre, de profundizar las ciencias físicas y morales, única fuente de luz que despejaría las sombras que impiden el desenvolvimiento y desarrollo de su inteligencia y que la pondrían en aptitud de apreciar cada cosa en su justo valor y echar también su grano de arena en la obra de la regeneración social? Y, ¡vaya una lógica después de prohibirle esto se le dice: «Ama, y sé buena madre». Y ¿cómo sabrá amar si no se le concede que se ponga a la altura moral de lo que ama? Sabed que de esta manera no amará nunca como es debido, ni será capaz de sacrificios y abnegaciones concientes, y será constante por casualidad, puesto que al entregar su corazón lo dará sólo por la necesidad, innata en ella, de amar, pero no por rendir culto a la inteligencia, a la virtud, al valer moral del hombre a quien lo entrega, causa única que haría de su amor algo serio, inquebrantable y eterno. ¿Cómo ha de poder serlo, si ama sin saber a qué? Y no puede saberlo, desde que no está a idéntico nivel. Imposible es que se aprecie y admire todo lo elevado, si no se comprende, y no lo comprende, porque lo grande jamás se impondrá bastante como grande, mientras se ignore en qué consiste la grandeza. Causas son estas que engendran el divorcio, el peor y más peligroso de los divorcios, aquel que separa las almas: el moral é intelectual. ¿Por este camino podrá encontrarse la felicidad? . . . Lo dudo. No habrá tampoco verdaderas madres, madres que sepan que no han cumplido su misión con amamantar al hijo, que, para cumplirla del todo, es necesario una tarea aún más ar-

dua y penosa: la de asistir al despertamiento de las primeras ideas y sentimiento del niño y encaminarlo desde ese despertar a un fin ya propuesto, grabando en sus tiernos espíritus impresiones que no se borrarán nunca y que ayudarán a fecundar la semilla del bien.

Al soñar con la perfección de la mujer la concibo muy buena; es la única cualidad de que la dotaría, sabiendo que esto le basta para cumplir su misión de mujer, que es ser el consuelo y labrar la felicidad de aquellos que la rodean. Pero esta bondad no debe ser aquella ciega y pasiva que todo lo acepta y nunca resiste y puede muy bien llegar a confundirse con la indiferencia, sino una bondad consciente, inteligente y activa que resista con cariño y combata con dulzura, y, persiguiendo un fin en la vida, lo lleve á cabo sin haber clavado espinas en el corazón de nadie, sin haber arrancado esperanzas ni destruido ilusiones y despreciando las necias preocupaciones y la torpe charlatanería, sin apartarse por eso de las conveniencias á que la sujetan las leyes sociales.

CASIANA FLORES.

SOBRE LENGUAJE

Á PROPÓSITO DE UNA OBRA DE RICARDO PALMA

No soy de aquellos que censuran una palabra sólo porque ella no figura en el Diccionario de la Real Academia española. Si el vocablo es necesario y está bien formado, bien venido sea.

Pero lo que no acepto, lo que no puedo admitir, son los neologismos innecesarios ó aquellas impropiedades que vienen á introducir perturbaciones perniciosas en el lenguaje.

MIGUEL LEIS AMUNÁTEGUI REYES.

Aclarar los fundamentos de un asunto que se quiere tratar de buena fe, es una práctica que siempre he considerado acertada desde el doble punto de vista de la utilidad y de la lógica. He aquí por qué, antes de hacer algunas observaciones sobre el opúsculo *Neologismos y americanismos* que el reputado literato peruano don Ricardo Palma ha tenido la galantería de remitirnos, quiero manifestar mi manera de pensar en este asunto, eterna cuestión que, á la manera del fénix mitológico, renace siempre de sus cenizas.

Mi opinión en esta materia es que yerran cuantos quieren resolverla con el criterio estrecho de un exclusivismo radical; que no están en la verdad ni los que piensan que una lengua puede ser indiferente al progreso, ni los que se figuran que un diccionario debe contenerlo todo, sin más cánones y sin más límites que los impuestos por las versatilidades y caprichos del vulgo necio.

Cuantos están por el estancamiento ó inmovilidad del idioma desconocen este hecho fundamental: que una lengua es un organismo, sujeto como todos á las eternas leyes de la vida. Pretender lo que ellos pretenden es desconocer que la evolución domina al mundo y lo rige, y que todo sistema que está en oposición con los hechos, tarde ó temprano tiene que caer falto de base. Si hay algo indiscutible es que la vida quiere decir acción, agitación, movimiento. Na-

da hay capaz de destruir ni minorar esta verdad. La estagnación es la muerte.

Los descubrimientos, las invenciones de todo género, los progresos de la ciencia, del arte, de la civilización en general, traen aparejados palabras nuevas para designar los objetos inventados, y nombrar las cosas nuevas con las voces ya existentes es, sobre estancar la lengua, introducir en ella inconvenientes gravísimos. Los que, por horror á las innovaciones, mantienen el idioma en un estado de inmovilidad musulmana, hacen, al decir de Feijoo, lo que los pobres soberbios, que más quieren hambrear que pedir.

Pero, si es evidente la necesidad de nuevos vocablos en el lenguaje y en el léxico, no es menos cierto que su admisión en éste requiere condiciones especiales.

No basta que una voz sea sonora para que deba ser aceptada: es menester que á esto reúna el ser propia, adecuada y conforme á los procedimientos de la lengua; no basta que sea útil: es menester que sea necesaria, ó cuando menos presente indiscutibles ventajas sobre las ya existentes. De lo contrario, se aumenta el vocabulario sin que experimente adelanto alguno el idioma.

Existiendo palabras para designar un objeto, crear otras de menor sonoridad para denotar lo mismo suele ser falta de gusto y de educación artística, cuando no prueba palmar de ligereza ó ignorancia.

La relación entre la expresión y el pensamiento es tan grande, hay entre una y otro correlación tan estrecha, correspondencia tan exacta, que no podemos menos de censurar los trabajos ahitos de corruptelas y neologismos, por mucho que, por otra parte, sea su mérito. Es que es imposible de toda imposibilidad que tras un lenguaje desatentado, rudo, lleno de desatinos, impropiedades y bajezas, no veamos un criterio estrecho, una inteligencia inculca, un espíritu ligero y atropellado, inconsulto adorador de la pasajera moda.

Ni debe proclamarse como buena la ley de las analogías, que quizá en ninguna cosa tenga menos aplicación que en materia de lenguaje. Aclararé esta idea con una nota puesta á la voz *independizar*, cuya adopción aconseja el culto y espiritual autor de *Tradiciones Peruanas*. Digan Rivodó y Palma cuanto quieran, *independizar* es un neologismo superfluo, y no dice ni más ni menos que su equivalente castellano *emancipar*.

El hecho de que existan dos sustantivos, *independencia* y *emancipación*, no es suficiente motivo para admitirlo. ¿No ven adónde nos conduciría doctrina tan original como simétrica? ¿Por qué no decir también, con arreglo á ese criterio arquitectónico, *independización* y *emancipación* (sustantivo), como decimos *emancipación* ó *independencia*? La razón es obvia. En gramática, como en derecho, como en moral, lo más filosófico no es siempre lo mejor. En su formación y desenvolvimiento progresivo, los idiomas no siguen los preceptos rigurosos de una lógica de hierro, sino los procedimientos que la etimología y el buen uso le señalan como aceptables. Una lengua no es un tablero de ajedrez, ni siquiera una buena constitución política, niveladora de derechos: una lengua es como el ejercicio de la política, y es imagen exacta de la vida con sus desigualdades irritantes. Pudiera también compararse con un jardín, donde las flores nacen espontá-

neamente: no con un invernáculo, donde el arte se sustituye á la naturaleza. Á mayor abundamiento, la riqueza de un idioma no estriba en su copia de signos, sino en la de ideas que estos signos expresan; y así como la magnificencia de un banquete no depende en manera alguna del número de los platos, sino del de los manjares, la de un idioma está más en las ideas que puede emitir, que en el número de vocablos de que consta su léxico. Para decirlo todo de una vez, una lengua no debe confundir la riqueza con la superfluidad.

Nota al propio tiempo que Palma parece dar al uso más importancia de la que en buena doctrina debe atribuírsele.

¿Es él autoridad en materia de lenguaje? Yo no me atrevo jamás á ponerlo en duda. Pero es esta una de esas verdades que no pueden admitirse sin previo examen y estudio.

La ley de las mayorías, proclamada generalmente, y de la cual se manifiesta Palma partidario entusiasta, debe sufrir excepciones, y excepciones importantes. Desde luego, las mayorías deben contarse, no por la cantidad de hombres, sino por el número de autoridades. Así, las opiniones de un Bello, de un Cuervo, de un Jovellanos, de un Hartzenbusch ó de un Salvá, valen á mi juicio incomparablemente más que las de miles de personas que hablan porque sí, porque no han visto hacer á las demás otra cosa en la vida. Si los símiles tuvieran cabida en este asunto, yo estaría por que, así como en el Estado de la Carolina del Norte se niega el derecho de sufragio á los que no creen en Dios, en materia de lenguaje se rechazara la opinión de los que no creen en la gramática ni en la importancia de su estudio. Todos, ciertamente, tienen el derecho de hablar; mas no es nuestro deber escuchar sino á los que merecen ser oídos. Sin llevar las analogías más allá de lo razonable, puede asegurarse que en la ciencia, como en la política, la capacidad es el único título que da el derecho de voto.

Esto me parece evidente. La ignorancia, que en cuestiones morales atenúa el crimen, dice Joubert, es en sí misma un crimen de primer orden en las cuestiones intelectuales.

Pero, aun restringiendo el número de los que deben constituir la mayoría al formado por las personas competentes, es menester no olvidar el hecho de la fallibilidad humana, merced al cual vemos en las obras de distinguidísimos autores gafafones propios de la ineptitud y la inexperiencia.

Es un error, pues, elevar á la categoría de reglas lo que han dicho, sin conciencia á las veces, escritores calificados.

Un error no deja de serlo por el hecho de haber incidido en él doctores de los de más reverendas; no cambia de naturaleza tampoco por haberse en él incurrido diez, cien, mil veces. Esto no prueba otra cosa sino su generalización.

Para mí es evidente que *cuyo*, en el significado de *que ó el cual*, es un vicio que, fuera de dar al lenguaje un cierto olor de notaría, es característico de los escritores desaliñados, como dice Bello.

Y, sin embargo, son reos del *desatino vulgar*, según lo apellida la Academia, de emplearlo con esa significación: Fray Luis de Granada (*Retórica Eclesiástica*), Guevara (*Marco Aurelio*), Cervantes (*Don Quijote*), Solís (*Conquista de Méjico*), la misma Academia española (hasta la undécima edi-

ción de su *Gramática*), Mariana (*Historia de España*), Quintana (*Vida del príncipe de Viana*), Torreno (*Historia de la Revolución de España*), Jovellanos (*Apuntes sobre legislación*), Ochoa (*Tesoro de los prosadores españoles*), Clemencín (*Comentarios al Quijote*), Martínez de la Rosa (*Anotaciones á la Poesía*), el anónimo autor de *El Nuevo Figaro*, Hermosilla (*Arte de hablar*), Larra (*El pobrecito hablador*), Donoso Cortés (*Monarquía Española*), Emilia Pardo Bazán (*Insolación*), Barcia (*Sinónimos castellanos*), Carvallo Goyeneche (*Descripción histórico-geográfica del reino de Chile*), Fabié (Prólogo de Garcés, *Fundamento del rigor y elegancia de la lengua castellana*), Mora (artículo intitulado *Cuestión sobre el verbo haber en sentido impersonal*), Molina (*Compendio de historia geográfica, natural y civil del reino de Chile*), Sbarbi (*Doña Lucía*), Díaz Rubio (*Gramática Española*), y mil otros que sería largo y prolijo enumerar. (1)

Vese, pues, que desde el culto y castizo Jovellanos hasta el disparatador Díaz Rubio, el error se ha venido repitiendo con pasmosa regularidad.

Baralt, el quisquilloso Baralt, dice en su *Diccionario de Galicismos*: «Lo que si es francés puro, puesto que comunísimo hoy día, es ver, examinar, contemplar, discutir, etc., bajo el punto de vista tal ó cual».

Y el mismo mismísimo autor incurre en el defecto que censura, no sólo en la citada obra (*voz Fondo*), mas también en su discurso de recepción pronunciado ante la Real Academia española!

El popular escritor americano autor de la obra que motiva estas líneas, don Ricardo Palma, dice en su último libro: «Quizá nos ha parecido á los americanos algo *chavacano* el verbo cerrar», etc.

Pues bien: *chavacano* (del latín *capana*) no debe escribirse con *v*, sino con *h*, según que lo evidencian su origen y el ejemplo siguiente: «En Bogotá, como en todos partes, se necesitan y se escriben libros que, condenando los abusos, vinculen en el lenguaje culto entre las clases elevadas y mejoren el *chavacano* de aquellas que, por la atmósfera en que han vivido, no saben otro. (2)

Y, entre paréntesis, véase en el ejemplo transcrito cómo el eminente filólogo colombiano incide en el error de enlazar palabras que lo repugnan, porque si está bien *se necesitan libros que vinculen*, etc., está mal *se escriben libros que vinculen*, etc.

Es el defecto que Clemencín censura á Ceryantes en varios pasos del *Eugenio Hidalgo*, como en el capítulo XVI de la 1.^a parte, en aquella saladísima escena de la venta en que Martornes, á oscuras en busca de su querido, topa con los brazos abiertos de D. Quijote, de los que una vez advertida de su engaño—«sin entender ni estar atenta á las razones que le decía, procuraba sin hablar palabra desasirse.» Es asimismo el en que á su vez incide Clemencín, cuando en una nota puesta al capítulo XXXII de la 2.^a parte, exclama: «Ahora decimos con la misma significación (de toallas alemanas) alemanicas, adjetivo que se aplica exclusivamente á cierta clase ó labor de mantelería, ó porque venía ó porque fué inventada en Alemania.»

Pero Palma, en el caso de que habláramos,

(1) He tomado varias de estas citas del notable filólogo Marcos Fidel Suárez y de Francisco Pimentel. Lo hago constar para que, como dijo el padre Isla, no me salgan con que tengo más de Ladrón que de Guevara, ó desempeño mejor el papel de Hurtado que el de Mendoza.

(2) Cuervo, *Apuntes críticos sobre el lenguaje bogotano*, pág. X.

anda en buena compañía y puede escudarse con autores españoles de indiscutible valer. Copio de mis apuntes: He leído *chavacano*, en lugar de *chabacano*, en José Joaquín de Mora (*Poesías*, pág. 201), Valbuena (*Ripios vulgares*, pág. 182), Coll y Vehí (*Diálogos literarios*, pág. 51, 2.^a ed.), Manuel Cárneo (Carta á *El Diario de la Marina*, de la Habana), Bretón (*Obras*, tomo I, pág. 179, y tomo V, pág. 105), Bello (*Obras completas*, tomo III, pág. 551), Clemencín (*Comentarios al Quijote*, tomo V, pág. 281.)

El uso actual se inclina á decir *condor*, como quieren la Academia y el erudito Miguel Luis Amunátegui, y como puedo aconsejarlo apoyándome en su origen y en ejemplos tomados de Bello, Mitre, Andrade, Salaverry, Baralt, José Eusebio Caro, Samper, Guido Spano, Ricardo Gutiérrez, Amunátegui Reyes, Palma, Acuña y Flores.

Lo cual no ha impedido que hayan empleado *condor*: Arquellada y Mendoza, Estala, el general Torrijos, Gabriel Alejandro Real de Azúa, Echegaray, Zorrilla, Mercedes Flórez, Quintiliano Sánchez, Fernández Madrid, Ángel Lasso de la Vega, Núñez de Arce y mil otros.

He citado á la ventura ejemplos, á los que llamo la atención, para demostrar la verdad inconcusa que sustento. ¿Cómo, pues, vamos á aceptar palabras porque uno, dos ó tres autores españoles las hayan usado?

Yo no diré que el autor de *Tradiciones* no tenga razón cuando exclama en el prólogo de su libro: «El espíritu, el alma de los idiomas, está en su sintaxis más que en su vocabulario.» Pero sostengo que aun así y todo es necesario andar con tiento en materia de admisión de neologismos, si no queremos perder, españoles y americanos, las ventajas, las enormes ventajas de un idioma común. Ni vale alegar que «la generación que nos reemplazará se cuida poco ó nada de hojear el Diccionario.» Si así sucede, por desgracia, tendremos que convencerla de que la ignorancia de los términos de un idioma es una de las causas que influyen más poderosamente en su corrupción y ruina. Participo de la opinión del distinguido gramático chileno don Sándalo Letelier, que en carta dirigida á su colega don Fidelis P. del Solar, inserta en los *Anales de la Universidad de Chile*, dice á este propósito: «En materia de lenguajes soy eminentemente (1) conservador: creo que la estabilidad es para la lengua una condición que nunca será suficientemente apreciada; puesto que si ella existiera, siempre nos tendría en comunicación fácil con todos los países que hablan un mismo idioma. Reconozco que el cambio es un hecho, y que el progreso de las sociedades impulsa al lenguaje de la misma manera que á todos los demás elementos de la civilización. Pero, en el lenguaje, ese cambio debería ser únicamente para la satisfacción de las necesidades de una sociedad nueva, que necesita nuevas expresiones para las ideas nuevas que concibe y á cuyo conocimiento llega por el trabajo y la laboriosidad: la renovación de palabras y giros, sin aumento de nociones intelectuales, es para mí un peligro constante, que puede llevarnos á la renovación de una lengua sin ninguna ventaja para nuestro progreso intelectual.»

Creo también con Clemencín que se ha exagerado el peligro de la intromisión de palabras de otros idiomas en el castellano, y que el hecho de que otra lengua afine las emplee no im-

plica en manera alguna que debemos rechazarlas sin examen. Pero, patrocinaremos, por ello, cualquier galicismo que tenga en su apoyo solamente el uso moderno de algunos? ¿Debemos pugnar por la inclusión en el Diccionario de la lengua de voces como *revancha*, *accidentado* (por *quebrado*, aplicado á terreno), *comuna* (por *municipio*), *desapercibido* (por *inadvertido*), *irrigar*, *irrigación*, *dimisionario* y algunas otras prohibidas por Palma? Yo creo que no.

Y cuenta que el distinguido y popular escritor peruano ha pecado de corto. Sólo incluye en su opúsculo una mínima parte de lo que se recomienda diariamente por autores de todas layas, que confunden la riqueza de la lengua, que la avalora, con la superfluidad, que la daña y empece.

En este sentido, Rivodó, autor por otra parte benemérito, ha llevado las cosas á un extremo deplorabile. Quiere que casi todo lo usado se adopte, olvidando lo dañoso que son para las lenguas, como para los hombres, las indigestiones.

Es que no se piensa en la inminencia del peligro que acarrearía la formación de este idioma de contrabando para las múltiples relaciones de la vida; es que ello no se medita con la calma que requiere la importancia del asunto, que interesa á un mismo tiempo á la ciencia, al arte, al comercio, á la civilización entera. Cuando veo tanta decidida admiración por lo extranjero, tal empeño en connaturalizarlo, tanto desdén por lo propio y legítimo, acude á mi memoria el ejemplo de aquel mastín de que nos habla Juan Owen, que acariciaba al adúltero y ladraba al amo de la casa.

Seamos celosos guardianes del idioma que nos ha tocado en suerte en el reparto del destino; en la seguridad de que él es digno de sacrificio tamaño. La lengua castellana es demasiado armoniosa, demasiado elocuente; demasiado grande para que, inconstantes, la sacrifiquemos en las aras de una moda pueril.

En la lengua castellana viven y vivirán eternamente la rotundidad y armonía de la frase inimitable del autor del Quijote, la casticidad de Moratín, el chiste de Bretón y de Larra, la elocuencia de Donoso Cortés y la corrección y exquisito gusto de Jovellanos y Bello. Ella alentó los más esforzados paladines del pensamiento; hablando en ella se sintieron grandes; por ella, en fin, cultivándola y cuidándola con religioso respeto, elevaron sus nombres venerandos á las cumbres excelsas de la inmortalidad.

CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.

(Continuará.)

Rugidos de la selva

(FUERA DEL PARAÍSO)

Estremecido el pecho en lo profundo
Al soplo de sus pérfidos alientos,
En el alma sentí derrumbamientos
Cual si en pedazos se trozara el mundo.

Del huracán el brazo tremebundo
De mi vida tronchó las elementas,
É inclinaron los nobles sentimientos
En mi interior su rostro moribundo.

(1) Yo quitaría el eminentemente.

Mas, vuelto en mí, con ánimo esforzado,
De en medio de las ondas que me ahogaban
Logré saltar á la ribera obscura,

Y, con ira de mar alborotado,
Hundí, mientras mis sienes estallaban,
En su seno el puñal de mi amargura.

Cayó el encanto! La mujer divina
Que yo adoré con la pasión más loca,
El ángel que soñé, la dulce boca
Que exprimí con ternura peregrina.

La mujer ideal que creí mina
De inagotable amor y que hoy se aboca
¡Ay! hacia mí con corazón de roca
Y me desgarró con crueldad felina;

Ese arcángel de luz que fué mi gloria,
Mi suprema ilusión, mi Edén viviente,
Mi aire de vida, mi futuro eterno,

La celestial diadema de mi frente...
¡Es hoy tan sólo una visión mortuoria,
Traición, envidia, mezquindad, infierno!

No las bellas imágenes doradas,
Signos de luz de mi cariño inmenso,
La idea te darán según yo pienso
De mi fe y mi pasión asesinadas.

No las frases supremas exornadas
Con el calor de mi sentir intenso,
Y en espirales de exquisito incienso
Á tu mentido rostro prodigadas.

Al caer tu antifaz, ángel-demonio,
El cisne de mi amor tornóse en fiera:
De mi pasión es débil testimonio

Cuanto pude decirte amante tierno,
Tú tendrás, ¡oh Luzbell! la verdadera
Medida de mi amor en mi odio eterno!

Cien días han pasado, y aun mentira,
Á la luz que mi amor aquí aún destella,
Me parece la lúgubre querrela
Con que mi pecho con horror delira.

Ansiando no creer, mi fe retira
De su presencia la verdad agria;
Mas, la carta de aquí! la carta de ella!...
¡En vano el alma á disculparla aspira!

Su amor, las alas agitando breve,
Aun con rostro me vió dulce y sereno;
Mas yo, de su traición, ya convencido,

Exclamé, desnudando el arma alevé:
¡Muere, amor criminal!... y hundí en su seno
El puñal infinito del olvido!

MARIANO JOSÉ MADUEÑO.

Flor del aire

Flor que se agosta, flor que muere al
soplo helado de las brisas del polo... ¡po-
bre, desgraciada flor del aire! Nacida en las
ásperas paredes de un abismo, que muestra
al ciclo su negro caos, azotada incesan-
tamente por el vendaval furioso que sube
en torbellinos desde la cercana llanura, en
perenne lucha con las nieves, se agita sus-

pendida de un tallo, quizás de una raíz raquí-
tica, sin savia y sin fuerzas, que amenaza
quebrarse y dejarla caer confundida en-
tre los guijarros que se desprenden de las
altas cumbres!...

Entre dos rocas, sobre las que algunas
veces el cóndor y el águila han detenido su
ruido vuelo, ha nacido asomando su pálida
corola por entre las estrechas junturas. Ni
un rayo de sol vivificador le presta vida. Ni
una gota de agua reanima su color. Protegi-
da por una piedra allí escondida, vive exis-
tencia efímera, mientras las nieves se des-
prenden de lo alto de la montaña, rodando,
cubriendo las cuestas de blanquísima y bri-
llante capa y adornando eternamente los
altos picos que se pierden en las nubes...

¡Pobre flor del aire! Emblema fiel de la
desgracia, encarnación pura de esas almas
soñadoras que no divisan más que mares
de rubíes y topacios, costas encantadas, cie-
los eternamente azules y jardines con eóli-
cas armonías y delicias del paraíso! Más de
una vez me he detenido á arrancarte con el
deseo de poseerte, pero algo interior me ha
gritado: Arrancas á un ideal!...

¡Miradla! pálida, descolorida, solitaria,
es un alma que se agita en medio del dolor,
un alma que pugna por vivir la vida celest-
ial, un recuerdo que se esfuma, una fanta-
sía, un ensueño que se desvanece al con-
tacto del desengaño...

En más de una ocasión he comparado la
flor del aire á los sentimientos humanos, á
una pasión, á un afecto...
Como la flor del aire,—la solitaria flor de
las montañas, la que no recibe ni la luz de
una irradiación de sol ni una gota de rocío,
—hay almas que viven y mueren víctimas
de un ideal, azotadas, combatidas por el in-
fortunio y el olvido!...

MANUEL M. OLIVER.

Buenos Aires.

EL ECLIPSE

Con un candor de los cielos
Se amaban Jorge y Raquel;
La amargura de los celos
Aun no se mezclara en él.

Eran dos almas en una,
Dos vidas en un amor,
Que gozaban la fortuna
De no creer en el dolor.

De Jorge los veinte años,
De Raquel los quince, puros,
Desafiaban desengaños
Y sinsabores futuros.

Era su afán fervoroso
El quererse más y más,
Soñando el sueño dichoso
De no olvidarse jamás.

¡Por qué tienen tal estrella
Felices Jorge y Raquel?
Porque los baña la bella,
La dulce luna de miel.

Á sus rayos seductores
Es su vida rico edén,
Perfumado por las flores,
Las lindas flores del bien.

Son sus días como auroras
De dulcísimo esplendor,
Y van marcando sus horas
Las delicias del amor.

Así su primera huella
Hicieron Jorge y Raquel;
El pensando siempre en ella,
Y Raquel pensando en él.

Mas llegó el instante austero,
Que nunca puede faltar,
De saber que es compañero
De los gozos el pesar.

Solitaria en su aposento
La joven está, y suspira;
Y momento tras momento
Del reloj la luna mira.

Cada segundo que avanza
El siniestro minutero,
Sombra de tristeza lanza
En su semblante hechicero.

¡Ay! Es la noche primera
Que demora Jorge tanto;
Tal pensamiento la altera
Y arranca á sus ojos llanto.

Dan las ocho... no parece
Y ella prorrumpió: ¡ay de mí!
Cómo el corazón padece!
Ya debiera estar aquí!

Dan las nueve... estremecida
Se alza Raquel de su asiento,
Y recorriendo afligida
Muchas veces su aposento,

¡Dios mío! gimiendo exclama;
¿Por qué no viene? ¿Do está?
¡Ya el ingrato no me ama!
¿Quién así lo detendrá?

Dan las diez... desesperada
Se arrojó al lecho Raquel,
Por la angustia desgarrada,
Y por la duda cruel.

Pero en ese mismo instante
Entró Jorge apresurado,
Con sonrisa en el semblante
Y el temor mal disfrazado.

—¿Qué tienes, dice, mi encanto?
¿Por qué tal tribulación?
¿No ves que en tu amargo llanto
Se me ahoga el corazón?

—Tres horas ha que te espero,
Dijo Raquel sollozando,
Y preguntas traicionero
Por qué me encuestras llorando...

¡Jorge, Jorge, no me amas!
¡Ya me empiezas á olvidar!
Tu encanto, traidor, me llamas
Y se te ha olvidado dar

En mis labios aquel beso
Tan amoroso y ardiente,
Que pagaba con exceso
Mi tristeza al verte ausente.

—Te daré cien, alma mía,
Respondió Jorge anheloso,
Si con ellos la alegría
Recobra tu rostro hermoso.

—Esos cien, Jorge, no valen
Aquel beso de pasión;
Esos cien del labio salen;
El otro, del corazón.

Desde esa noche de duelo
Que hubo entre Jorge y Raquel,
Ya no vieron en su cielo
La dulce luna de miel.

1860. RAMÓN DE SANTIAGO.

Presentimiento

Yo no sé qué me ha dado,
que, sin saber por qué, me brotan versos;
tengo el alma angustiada
y lleno de entusiasmo el pensamiento.

Yo no sé qué me ha dado,
que siento resonar en mi cerebro
cadencias de vivaces armonías,
músicas de fantasmas y de espectros.

Yo no sé qué me ha dado,
que sueño á mi pesar, y estoy despierto:
¿si será que, sonámbulo en la tierra,
busco ansioso la senda que va al cielo?

Yo no sé qué me ha dado;
mas tengo, lo confieso, mucho miedo:
¿si será que ha ordenado mi destino
que empiece á redactar mi testamento?

Yo no sé qué me ha dado;
pero, en verdad, que cuando escribo tiemblo
¿la lucidez del alma no presagia
la extinción de la luz en el cerebro?

CONSTANTINO BECCHI.

1884.

Nubes que pasan

Era una mañana hermosa.
El cielo—despejado, brillante, diáfano, lle-
no de las reverberaciones de luz de un sol
de otoño—semejaba inmensa bóveda de
crystal cubriendo la tierra en día de splen-
dideces paradisiacas.

Auras perfumadas aromatizaban el am-
biente; las gotas de rocío chispeaban como
brillantes engarzados al verde esmeralda de
los campos; los bosques sacudían sus totan-
tes cabelleras entretejidas de lianas; las
aves ocultas en el jaral llenaban los aires
con las inefables melodías de sus no aprendi-
dos himnos, y las flores, pebeteros de va-
riadísimos colores, derramaban de sus cál-
ices humedecidos ambarinas esencias.

Arriba, en la limpidez serena del cielo,
blancas nubes de contornos plateados—se-
mejantes á sueños de los espacios—pasaban
retratando sus formas caprichosas en el es-
pejo de los lagos tranquilos y en los arro-
yos de ondas bullentes.

Tal en los días serenos y alegres de
la vida, cuando auras de felicidad llenan el
ambiente y hay despertamientos de luz en los
horizontes, cruzan los espacios infinitos del
ideal las nubes rosadas de nuestros ensue-
ños, reflejando en el espejo de ondas azules
de la ilusión los esmeraldinos flecos de la
esperanza.

JUAN FRANCISCO PIQUEL.

MI VENGANZA

La noche aquella de aquel triste día,
Inmóvil, mudo, la miré partir,
Resonando en mi oído todavía
La carcajada que lanzó al salir.

Y volviendo lo ojos hacia el lecho,
Donde mil veces, delirante y loca,
Olas de fuego levantó en mi pecho
Con los ardientes besos de su boca,

Recordé sus eternos juramentos,
Su voz por el placer entrecortada,
Y los dulces purísimos acentos
Que sedujeron mi alma enamorada.

Y, arrepentido de mi amor profundo,
Le dije al corazón: ¡te han engañado!
Ella era todo para ti en el mundo
Y en ella sólo barro has encontrado.

Ilusiones, cariño, dudas, ruego,
Celos, y ansias, y gozos, y dolores,
Todo quemaste con delirio ciego
En ese falso altar de tus amores.

Y hoy que ha gozado tu último latido,
Hoy que de ti su esclavo hizo mintiendo,
Al ver que todo al fin se ha consumido,
¡Adiós! te dice; y te abandona riendo.

¡De ella te has de vengar! Si de ese fuego
La llama un día reavivar tratara,
Sordo serás á su dolor y ruego
Aun cuando sea la venganza cara.

Y si cobarde vacilar te siento
Cuando quiera otra vez encadenarme,
Antes que llegue ese fatal momento
Morirás, aunque tenga que matarme.

Al decir esto, el eco de unos pasos
Hirió mi oído... ¡era ella que volvía!
Y, al estrecharla en mis amantes brazos,
Sólo acerté á decirle: ¡Vida mía!

ENRIQUE RIVERA.

LOS DOS GUSANOS

I
Junto al tallo de una rosa
Un gusano descansaba.
Viólo Inés, y rencorosa
Porque la larva no daba
Señales de idolatría
Por tan bellísima flor,
Creciendo su antipatía,
Con repugnancia y furor,
Al gusano mató Inés,
Diciendo la niña hermosa:
—¡Sólo una casta soez
Puede así odiar á la rosa!

II
Algunos días más tarde,
Convertido en mariposa
Un gusano, que cobarde
Se cebaba en una rosa
Marchitando su hermosura,
Encontró de nuevo Inés,
Y la joven, con ternura,
Se condujo así esta vez:
Contemplando enajenada

Á la flor casi marchita,
La mariposa pintada
Era para ella bendita.
Y á medida que la flor
Hérvida languidecía
Asediada con furor,
La bella Inés sonreía.
Y cuando la mariposa
Dejó, ahita de ambrosia,
Á la agonizante rosa,
Trémula, Inés entreabría
Sus labios hacia el gusano
Esplendente de color,
Mientras tronchaba su mano
La despedazada flor.

CARLOS LENGUAS.

JUSTICIA

Al sér profervo mi anatema hiriente,
Al humilde la mano,
Mi desprecio al político impudente,
Al patriota laurel, sangre al tirano!

Techo y pan al mendigo,
Rencor eterno á la mujer que olvida,
La sincera lealtad al que es amigo,
Maldiciones sin fin al fratricida!

Consuelo al sér que llora,
Bálsamo al sufrimiento del herido,
Admiración á la mujer que adora,
Palmas al vencedor, honra al vencido!

OSCAR G. RIBAS.

Yo quiero...

El autor de la siguiente compo-
sición es uno de los más intelligen-
tes jóvenes que cursan el bachille-
rato en nuestra Universidad.
Sus versos son una prueba de las
felices disposiciones que posee pa-
ra el género poético.

Dedicado á mi amigo Guzmán Papini y Zás

Una mujer que tenga de Venus la hermosura,
Las formas, los encantos, la gracia sin igual;
Y un seno que palpita de amor y de frescura,
Y un algo de divino con algo de infernal;

Una mujer que bese con labio delirante,
Que inspire mil pasiones, que abraze en su calor;
Que engendre en el cerebro del más tímido amante
Eróticas ideas de inacabable amor;

Una mujer que á un tiempo me salve y me seduzca,
Me eleve hasta los cielos, en alas de su fe,
Y luego hasta el Nirvana más dulce me conduzca,
Cuando de sus caricias y besos hartó esté;

Una mujer que tenga de un ángel las dulzuras,
Y el alma de Julieta, y el fuego con que amó:
Una mujer que arrastre, que oblique á millocuras,
¡Una mujer como esa, como esa quiero yo!

EMILIO BARBAROUX.

La propiedad territorial en el Derecho Internacional

(Conferencia leída por su autor en el aula de Derecho Internacional Público de la Universidad).

(Continuación)

En todo esto hay más sofisma que verdad, más argucia de escuela que sentido práctico.

Los Estados es exagerado afirmar formen conjuntos tan indivisibles, unidades tan compactas, armonías tan perfectas, que a su fraccionamiento se opongan leyes naturales o principios absolutos de justicia.

El Estado es la entidad formada por la agrupación de diversas porciones de tierras, unidas o separadas, muchas etnográficamente opuestas, con poblaciones de costumbres y tradiciones distintas, sin hablar un mismo idioma y sin elementos naturales que constituyan esa pregonada unidad indivisible, cuyas partes no pueden tocarse sin riesgo de la extinción del todo, cual *ligrimas batávicas* reducidas a polvo al quebrarse un extremo.

La personalidad del Estado para el Derecho Internacional no se pierde con la reducción de su territorio ni con el cercenamiento de su población, siempre que persista un centro principal que conserve las tradiciones, mantenga el escudo nacional y un punto para asiento de su autoridad.

Francia, entregada a las decisiones de los congresos de 1814 y 1815 que redujeron sus fronteras extraordinariamente, no perdía su personalidad, y después, cuando sufría las mutilaciones que por los desastres de 1870 les imponían las águilas germanas, tampoco ante el Derecho Internacional padecía su personalidad, y si materialmente pudo creérsele disminuida, menos de diez años bastaron para demostrar al mundo asombrado que aquellos desmembramientos habían sido para su fuerte organismo como podas a un árbol frondoso que retoña con más vigor.

Así aunque consideremos a un país cual perfecto organismo vivo, es indudable que debe admitirse puedan sacrificarse uno o más miembros para conservar el conjunto. Como la ley de la supervivencia de las especies nos enseña, deben sacrificarse una o más unidades para conservar el conjunto.

En cuanto al sofisma de Grocio, de ser contra derecho someter un territorio a otra dominación existiendo un acuerdo tácito entre las partes de permanecer unidas, puede argumentarse con Pradier-Fodéré, que el Estado, mirando por su propia conservación, abandona una de sus partes a su enemigo, como podría un niño amenazado por un gato entregarle el ave que guardaba en sus manos para que ésta se defendiera sola.

El no lo obliga a la obediencia, sino le quita su amparo. Luego de lo expuesto podemos sentar la regla general de la indivisibilidad del territorio, pero como excepción, que puede cederse parte de él cuando el interés nacional lo exija como una suprema necesidad.

De esta regla se desprende que deben re-

probarse como contrarias al progreso del derecho de gentes las ventas de territorios tomando a éstos cual objetos de comercio y a sus poblaciones reputándolas accesorias a la tierra. Tales han sido las compras realizadas en nuestros tiempos por los Estados Unidos a Rusia, Francia, Dinamarca y España, por las cuales adquiría el territorio de Alaska, la Luisiana, las islas de San Juan y Santo Tomás y la Florida, mediante el pago de fuertes sumas de dinero.

Hoy, respetando los principios, se hace la cesión por medio de un tratado, en el cual se establece un precio que no constituye el valor del territorio, sino de los bienes particulares del Estado cedente, ó el equivalente a ventajas eventuales, ó como compensación a perjuicios sufridos con motivo de la cesión.

Es ejemplo de esta práctica el tratado de cesión de la Isla Saint-Barthélemy por Suecia a Francia, verificado el 10 de agosto de 1877, en el cual se estableció por su artículo 5.º el pago de 80,000 francos por las propiedades del Rey de Suecia en la isla.

Ahora bien, reaccionándose contra esas prácticas deprimentes para la personalidad humana, que hacían pasar los individuos con el territorio bajo el dominio de otro Estado, se ha puesto en debate si debe consultarse la opinión de los habitantes del territorio cedido y en qué forma ha de requerirse esta consulta.

Sabemos bien que en la mayoría de los casos la cesión de parte de un territorio es el precio exigido en una guerra por el vencedor para conceder la paz.

No nos corresponde opinar sobre la justicia, ó reprobar el atentado que implica el apoderamiento de territorios por el Estado vencedor; pero creemos que el territorio en manos del enemigo, dueño éste del país por la fuerza de sus armas y amenazando la existencia entera del vencido, la cesión quedará consumada cuando la hayan pactado los poderes autorizados para ello por la nación.

La constitución de los Estados indicará el poder público que tiene facultad para contratar el desmembramiento del territorio.

Sería irracional y absurdo negar al soberano de un Estado el derecho de pactar la entrega de una parte del territorio, cuando con eso salva el resto del país.

Esto no implica negar la conveniencia de consultar a sus pobladores sobre su conformidad, sobre todo en interés del mismo vencedor.

Otra cosa es tratándose de las poblaciones, a quienes en mi concepto no se les puede obligar a aceptar una nacionalidad que no es la original, ni privarlas del derecho de conservar la que poseían, a pretexto de contingencias de una guerra cuyos desastres deben pesar sobre el país entero, y gravar el territorio, pero de modo alguno a determinados individuos.

ARTURO RAMOS SUÁREZ.

(Continuación)

MEDIOS DE PREVENIR LA GUERRA

(Conferencia leída en el aula de Derecho Internacional Público de la Universidad de la República.)

[Continuación]

En octubre de 1889, dieciocho Estados, comprendiendo 20 millones de hombres, se hacían representar en Washington para estudiar no solamente la unificación del derecho privado, sino un plan definitivo de arbitraje para todas las diferencias existentes entre los Estados con el fin de arreglarlas amistosamente. En 1890, la República Argentina y el Brasil proponen un tratado de paz y de amistad general por 20 años, ratificándose en 1891. El Ecuador, Bolivia, Haití, Guatemala, San Salvador, Honduras y los Estados Unidos entraron en el tratado. Los delegados chilenos al Congreso de Washington criticaron el proyecto de arbitraje en general, aduciendo la argumentación de que una nación lesionada en su dignidad no pediría al arbitraje reparación de su ofensa; sería necesario para su efectividad crear una autoridad superior, lo que es un peligro para la soberanía de las naciones, y sería contraproducente emprender una guerra para garantizar la estabilidad de la paz. Estos argumentos no son nuevos, y tienen cierta fuerza: los hemos visto hacer en contra de los proyectos de paz permanente. Los chilenos prefieren la mediación de un Estado amigo de las partes, desinteresado por completo, admitiendo por consiguiente el arbitraje facultativo y especial, pero en manera alguna el permanente, negando por otra parte a aquel Congreso la competencia para entender en un proyecto de semejante extensión y recusando también el efecto retroactivo del tratado por los conflictos anteriores. Un hecho incontestable se desprende de ese Congreso sin entrar a discutir el espíritu práctico ó egoísta de los delegados chilenos, y es que nunca diplomáticos investidos de un mandato oficial habían ensayado hasta entonces sinceramente a mi parecer el hacer entrar el ideal en el mundo de la realidad.

No nos detendremos más en exponer los mil ejemplos de arbitrajes especiales en Europa y sobre todo en América, alguno reciente; el de la República Argentina y Brasil sobre la cuestión Misiones, ni el más moderno: el que aún está sometido al fallo del Dr. P. de Moraes, presidente de los Estados Unidos del Brasil, sobre las diferencias entre Perú y Bolivia. Sólo dedicaremos algunas páginas al ruidoso asunto del «Alabama», el más importante conflicto sometido a fallo arbitral, no sólo por la importancia material de los intereses en litigio, sino por la repercusión moral y la influencia de opinión que tuvo ante el mundo civilizado. Ha sido un serio progreso ese laudo en el Derecho Marítimo, y por eso merece un lugar especial en nuestra conferencia. Los hechos eran los siguientes:

Durante la guerra de secesión una agencia de confederados del Sud se estableció en Liverpool para comprar y construir navíos de guerra. Esos buques salían del as-

tillero, sin armamento y sin equipaje militar, pero llegados a puntos fijados de antemano se proveían de municiones y completaban su tripulación, que les llevaban embarcaciones partidas de Liverpool. Entre ellas, el Corinas, el Georgia, el Florida y la Shenardwah llevaron la ruina a la marina mercante de los Estados Unidos. En los intervalos de sus operaciones de corso, iban a puertos de las colonias inglesas a reparar sus averías y procurarse víveres y municiones.—El más célebre fué la cañonera Alabama.—El 29 de julio de 1862 salió de Mersey llevando a su bordo una porción de damas y caballeros, como si se tratara de un paseo de ensayo. Llega al puerto convenido a esperar su suplemento de equipaje y armamento que le llega de Londres y Liverpool y a desembarcar las personas que se hallaban en la cañonera. Y una vez completamente equipada, con su tripulación en orden, llevó a la marina mercante de los E. U. terribles ataques,—persecuó, apresó y quemó sesenta navíos mercantes y un navío de guerra, y después de una campaña memorable fué echado a pique cerca de Cherboy por la corbeta «Kearsage». Se ha discutido largamente el carácter del «Alabama»: ha sido considerado por algunos como corsario, pero se ha reconocido que era un navío armado en guerra y no corsario. Los E. U. se vieron heridos por la negligencia de Inglaterra, secretamente simpática a la causa del Sud. El Gobierno americano reprochó a la Grau Bretaña el haber violado la neutralidad, protegiendo corsarios en perjuicio de los Estados Unidos y procurándose medios de aprovisionamiento y, por tales motivos, haciéndose responsable de los hechos ocasionados. El Gobierno inglés respondió que las armas y equipajes habían tenido lugar fuera del territorio británico y declaró la cuestión al laudo de los árbitros. El debate llevaba mal camino cuando el Ministro de los Estados Unidos en Londres propuso al de Relaciones Exteriores someter la diferencia a una comisión mixta compuesta de dos ingleses y dos americanos, pero el Senado federal rechazó esta vez el arbitraje.

Las negociaciones duraron dos años todavía y por momentos la ruptura pareció inminente, hasta que en marzo de 1891 concluyeron de común acuerdo una convención en Washington por la cual se constituía un tribunal compuesto de cinco miembros nombrados por el Presidente de los Estados Unidos, la reina de Inglaterra, el rey de Italia, el Presidente de la Confederación Suiza y el Emperador del Brasil; en caso de no aceptación por parte de alguno de estos tres últimos la designación pertenecería al rey de Suecia y Noruega. Los árbitros debían reunirse en Ginebra y pronunciar su laudo en un plazo determinado; la decisión debía tomarse por mayoría de votos. A fin de guiar a los árbitros las dos partes fijaron en el compromiso tres reglas generales, que el tribunal no tendría más que aplicar. Esas reglas determinaban los deberes de los neutros en tiempo de guerra marítima. Si se juzgaba que

Inglaterra hubiese violado una de esas tres reglas el tribunal podría fijar en conjunto, en bloc, la suma debida por indemnización a los Estados Unidos.

Las partes se comprometían a considerar las decisiones del tribunal como definitivas. Este tratado fué ratificado no sin debates por los parlamentos de los dos países. El valor moral de un compromiso tan importante, después de negociaciones de esa dificultad, no podía escapar a los representantes de ambas naciones. Yo creo, decía lord Grey, que este tratado ejercerá una gran influencia sobre el mundo, a fin de procurar el primero de los beneficios terrestres: la paz.

EMILIO A. BERRO.

(Continuará)

De las personas en Derecho Internacional

FEDERACIONES Y CONFEDERACIONES

(Continuación)

Los Estados confederados delegan una parte de su soberanía en un consejo encargado de la defensa de los asuntos que revisten un carácter general para todos los asociados, pero internacionalmente celebran tratados que les reportan ventajas locales y cuando ven agrédidos sus derechos privados pueden hacer la guerra. Los federados por el contrario dan a un gobierno central la facultad de iniciar tratados; enviar ministros, emprender guerra, en una palabra, su personalidad internacional se encuentra representada por el gobierno central.

Podemos decir, pues, con Calvo, que el rasgo más característico que separa los Estados confederados de los federados es que en los primeros no existe un poder ejecutivo común que imponga sus decretos y que esté en relación directa con los ciudadanos de los Estados. Esta distinta significación les imprime una consideración diferente en sus relaciones de derecho internacional. Los confederados tienen una esfera particular de acción exterior, y en esta esfera pueden sostener relaciones diplomáticas con otras naciones. Los federados, que dan origen, con la existencia del supremo poder ejecutivo central, a una nueva soberanía, no pueden sostener relaciones exteriores con las otras naciones.

Como ejemplo de confederación se puede citar a la Germania del Norte, y de federación a Suiza, Estados Unidos y República Argentina. Aunque estas dos últimas, como dijo Sir Travers Twiss, sus constituciones tienen génesis opuesto. El punto de partida de la constitución argentina es diametralmente contrario al de la Unión de la América del Norte; en efecto: la primera de estas federaciones es el resultado de la descentralización de un Estado simple ó no compuesto, en tanto que la segunda ha nacido de la unión de diversos Estados que existían y hubieran podido continuar existiendo separadamente. La Constitución argentina, pues, en cuanto a las relaciones exte-

riores de la federación no ha hecho otra cosa que confirmar la unidad que de origen ya tenía el Estado argentino, al mismo tiempo que descentralizaba el gobierno interior adoptándolo a un sistema de provincias federadas que poseen independientemente todos los poderes de soberanía que no han sido delegados por la constitución al gobierno federal.

El poder que corresponde a toda nación de determinar su manera de ser, de formular sus condiciones de derecho, de constituirse el Estado y el gobierno según la idea que represente, ó el fin humano que realice, forma lo que se ha designado con los términos de la soberanía de la nación.

La dependencia, pues, de un Estado con respecto a otro es una limitación de la soberanía, pudiendo adoptar gradaciones infinitas. Una de ellas es el Protectorado, que Fiore compara a la «capitis deminutio» que sufrían las personas en el Derecho Romano.

Un Estado sometido completamente a la autoridad de un soberano extranjero es un esclavo y por lo tanto sufre una «capitis deminutio» máxima.

Un Estado que puede celebrar tratados, teniendo que recibir la aprobación de un poder extraño, goza solamente de una semi soberanía, experimentando una «capitis deminutio» media; y finalmente los Estados que sólo reciben una protección moral padecen una «capitis deminutio» mínima.

Como la disminución de soberanía no se presume, ésta debe resultar de convenciones libremente celebradas entre las partes.

Hertius llama a los Estados semi-soberanos quasi-regno. Se ocupa de ellos el derecho internacional en tanto que pueden sostener relaciones diplomáticas con los demás pueblos. Generalmente sufren en tiempo de guerra las consecuencias con la nación de que dependen, y en tiempo de paz tienen que alcanzar autorización para celebrar tratados. La semi-soberanía limita pues la consideración exterior del Estado.

El antiguo imperio alemán estaba formado de varios Estados que gozaban soberanía territorial, que no la tenían exterior, y estaban legislativa y judicialmente sometidos al gobierno imperial.

«El número de estos Estados, dice Martens, habia disminuido considerablemente a consecuencia de la cesión a Francia por el tratado de Luneville en 1807 de la orilla izquierda del Rin, de la secularización de muchos Estados eclesiásticos y de las disposiciones del acta de la Confederación del Rin en 1805.»

Como demuestran Fiore y Bluntschli, el Protectorado es una institución que tiende a desaparecer, pues los Estados, ó logran conseguir independencia completa, ó concluyen por ser anexados a las potencias protectoras, que con facilidad encuentran motivos para lo último.

Inglaterra renunció en 1864 al protectorado de las islas Jónicas, las que se unieron voluntariamente a Grecia; la República de Cracovia, que estaba sujeta a Rusia, concluyó por incorporarse al Austria.

Solamente Dios no ha tenido principio,

ni tendrá fin, y así como el hombre recibe la vida, la desarrolla, y la muerte se la arrebató, así también los Estados nacen, se desarrollan y mueren.

Debiendo su origen a algún desmembramiento o nacidas de caravanas más ó menos numerosas que formaban colonias, llevan en su esencia el sello de lo humano, tener fin; unas veces quedando aniquiladas por generaciones robustas que aspiran a conseguir la independencia; otras por su propia debilidad, teniendo que unirse a pueblos que ansiosos de conquistas buscan sentar muy lejos los límites de su territorio.

Dos clases de uniones registra el derecho internacional: las personales y las reales.

Las personales se producen cuando varios Estados, sin confundir su personalidad internacional, se unen bajo un mismo soberano, cabeza del poder ejecutivo, teniendo en cuenta lo que observa Grocio y Twiss, que, cuando llega a extinguirse la familia reinante, vuelve el poder soberano a cada uno de los pueblos antes unidos.

Estas uniones personales eran bastante frecuentes en la Edad Media, cuando las naciones constituían la herencia de los príncipes; pero en la Edad Moderna son pocos los casos que se encuentran: se puede citar, la reunión de Inglaterra con Hannover en 1820, bajo la persona del rey Jorge, reunión que terminó cuando acaeció la muerte de Guillermo III, pues su sobrina Victoria ocupó el trono de la Gran Bretaña y su hermano Ernesto el de Hannover. Ahora bien, estas uniones no tienen ante el derecho internacional importancia alguna; porque los Estados que se han unido no confunden sus límites, ni sus intereses, ni sus deudas, ni sus tratados.

Las reales se efectúan cuando un Estado se forma por la unión de varios sujetos al mismo poder soberano.

Estas uniones son las que más interesan al derecho internacional, porque se efectúan por tiempo indefinido y porque, como dijo Heffter, se fusionan los destinos de los pueblos unidos. La de los diversos Estados que forman el Imperio Austriaco, menos Hungría, es un ejemplo de ellas.

Si los Estados se unen por incorporación, respecto a la soberanía exterior producen los mismos efectos que la real. Si se incorpora totalmente un Estado a otro, se efectúa una transmisión de derechos y obligaciones, a título universal; porque los bienes de los Estados que cesan de existir pasan activa y pasivamente a los sucesores de estos Estados. Bluntschli mismo en el art. 50 dice que cuando un Estado es anexado a otro, el primero cesa de existir, pero su desaparición no entraña necesariamente la extinción de sus derechos y obligaciones que tengan relación con otros Estados, porque el pueblo y el territorio de aquél continúan existiendo en sustancia, no habiendo hecho otra cosa que pasar a otro. Sus derechos y obligaciones pasarán igualmente siempre que su mantenimiento se pueda conciliar con el nuevo orden de cosas.

RAFAEL GALLINAL.

(Continuará)

LA PRENSA Y LA "REVISTA NACIONAL"

Nuestro adelanto intelectual — Son muchas y muy manifiestas las demostraciones de nuestro progreso intelectual desde algunos años a esta parte; pero son ellas de tal carácter, que podemos asegurar, sin temor de equivocarnos, que ese adelanto intelectual ha adquirido un grado mucho más elevado que el material.

Hoy se enseñan dentro de la República todos los ramos del saber humano, y de aquí a poco, ni aun para perfeccionarse en alguno de ellos será necesario abandonar la patria, buscando esa perfección en los centros científicos europeos.

En estos momentos tenemos en nuestra mesa de redacción una demostración más que agregar a las muchas que acreditan los progresos de la vida intelectual uruguayo. Es el último número del tomo primero de la REVISTA NACIONAL DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES, fundada en marzo de 1895 por los jóvenes Daniel Martínez Vigil, Víctor Pérez Petit, Carlos Martínez Vigil y José Enrique Rodó, redactado por los mismos, con la colaboración de los principales escritores y escritoras conocidos en esta República, y la de algunos extranjeros.

Esta importante REVISTA marca el último paso y también el último esfuerzo hecho por la juventud de Montevideo para establecer un órgano literario y científico, que, respondiendo a las aspiraciones de las clases ilustradas, sea al mismo tiempo como la válvula por donde salgan a esparcirse en la sociedad las producciones del ingenio uruguayo.

Desde *La Mariposa*, 1851-52, y *El Eco de la Juventud Oriental*, 1854-55, primeros periódicos de literatura, de Montevideo, fundados y redactados ambos por jóvenes estudiantes de la Universidad, hasta la REVISTA NACIONAL DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES, con un período de cuarenta y tres años, casi medio siglo, aquellos esfuerzos de la juventud se han repetido, con más ó menos felices resultados, en *El Eco Uruguayo*, 1857, en *la Literatura del Plata*, 1859-60, en *El Semanario Uruguayo*, 1860-61, en *La Aurora*, 1862-63, en *El Iris*, 1864-65, en *La Revista Literaria*, 1865-66, en *la Revista del Platá*, 1877, en *El Panorama*, 1878, en *El Espíritu Nuevo*, 1878-79, en *La Revista de Ciencias y Literatura*, 1880, en *Los Anales del Ateneo*, 1881-86, en *El Indiscreto*, 1884-85, en *La Revista de la Sociedad Universitaria*, 1884-85, en *El Plata Ilustrado*, 1886, en *La Ilustración del Plata*, 1887-88.

Entre todos esos periódicos, que consideramos los principales por su duración, se han publicado algunos otros, también redactados por jóvenes orientales, sin faltar los político-literarios, los humoristas y los de caricaturas.

LA REVISTA NACIONAL DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES es pues el último órgano de esa naturaleza que se presenta en nuestra vida intelectual, representando su adelanto y marcando el grado a que hemos llegado ya en muchos ramos del saber humano.

Pero los jóvenes fundadores y redactores de esa Revista ejercen esa representación legítimamente, dotados del suficiente caudal de conocimientos que para ello se requiere? No trepidamos en afirmar que sí, y por eso es que

han reunido en torno suyo la mayor parte de los escritores que existen en Montevideo, tanto nacionales como extranjeros, los cuales se complacen en ver sus producciones publicadas en las columnas de tan simpático y acreditado periódico.

Los que hayan seguido la publicación del primer tomo, no tienen necesidad de que les recordemos el contenido de sus interesantes páginas; pero a los que no lo conozcan, les recomendamos el último número de 24 páginas y el extenso índice, en el que constan los nombres de ciento diez colaboradores, que han dedicado a la REVISTA sus producciones literarias ó científicas.

Resulta de esto que la REVISTA NACIONAL ha conseguido ser no sólo un órgano de ilustración, sino también ameno en su parte poética, en la cual se hallan producciones para todos gustos, y podemos decir para todos los caracteres.

En efecto, la REVISTA NACIONAL, como un precioso álbum, registra en sus columnas poesías que, como las de Víctor Hugo, buscan lo sublime en la hipérbolo y en el arrebató febril de la inspiración; otras que, como las de Lamartine, tienen el sentimiento dulce, la inspiración tranquila y reposada, la frase melódica y la tendencia filosófica; otras, como las de Alfredo de Musset, se inspiran en la naturaleza del hombre y en la representación muchas veces gráfica de sus instintos y pasiones.

Sin embargo, las poesías de la REVISTA NACIONAL, no obstante pertenecer más ó menos directamente a las escuelas literarias europeas, especialmente francesa y española, tienen para nosotros un mérito especial, y es que la mayor parte de ellas han sido inspiradas por asuntos nacionales, ó por la misma naturaleza de nuestra patria, ó por los sentimientos que se desarrollan en el corazón bajo este clima dulce y bello del Uruguay.

Finalmente, y para decirlo todo de una vez la REVISTA NACIONAL es la representación legítima de nuestro progreso intelectual, y este es el mejor elogio que podemos hacer a sus jóvenes redactores y el más dulce premio que deben ver para sus muchos afanes y sacrificios.—(*El Telégrafo Marítimo*.)

El triunfo del talento.—LA REVISTA NACIONAL.—Tenemos en nuestra mesa de redacción el número 24 de la REVISTA NACIONAL, con el que concluye el tomo primero de esta importante publicación literaria. Más de una vez hemos tenido oportunidad de ocuparnos de esta Revista, cuyas excepcionales condiciones de nadie son ignoradas. Los trabajos en ella publicados, aparte de revestir el mérito de ser completamente inéditos, siempre han sido escogidísimos, y los nombres que los han suscritos, de nuestros más brillantes y mejor reputados literatos. A cada número que aparecía, los jóvenes redactores—que no conocen el cansancio y que parecen dominar victoriosamente todos los obstáculos—se superaban a sí mismos, ora presentando mayor número de materiales, ora agregando a la muy extensa lista de sus colaboradores, nuevas y más interesantes firmas. De este modo vimos a la REVISTA NACIONAL ornar sus columnas, poco a poco, con las producciones de los más renombrados escritores sud-americanos.

El número hoy repartido corona dignamente los esfuerzos de la brillante juventud que la dirige, y reviste el carácter de un verdadero triun-

fo del talento. En un país como el nuestro, donde el mercantilismo y la política lo dominan todo, sin dejar un punto de reposo para las cuestiones y gustos literarios, causa verdadero asombro la labor emprendida por estos jóvenes animosos y perseverantes. Por lo demás, la sola firma de todos y cada uno de los jóvenes que forman la redacción de la REVISTA haría presumir desde un principio el alto valor artístico de la publicación. Daniel Martínez Vigil, Víctor Pérez Petit, Carlos Martínez Vigil y José Enrique Rodó, espíritus selectos y bien cultivados, cuyos trabajos han logrado siempre unánime aplauso y se han impuesto a todo el mundo por sí mismos, sin necesidad de recomendaciones ni elogios, han logrado hacer de la REVISTA la primera de las publicaciones del Río de la Plata.

La REVISTA NACIONAL no ha sido una bandera de combate, una publicación exclusivista, ni guiada por propósitos de círculo. Se leen en sus columnas nombres vinculados a las más diversas opiniones literarias, políticas y filosóficas. Ha sido un campo abierto a todos los esfuerzos intelectuales que pudieran redundar en beneficio del nombre de la patria. Con esta tolerancia y esta amplitud de miras, sus redactores han dado pruebas de comprender de la manera más acabada el verdadero fin de publicaciones del género de la que dirigen, encaminada a ofrecer una tribuna al pensamiento nacional naciente y a favorecer la revelación de las inteligencias que alborazan.

Publicaciones de esta índole honran a la nación que las produce, y la prueba de ello está en la unánime y favorable acogida que ha recibido. Con la vista dirigida hacia lo ideal, no ha tenido otro propósito que el de presentarnos grandes ante propio y extraños, civilizados y cultos ante el extranjero y ante la patria. La REVISTA NACIONAL DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES dignifica y enaltece al país más, mucho más que esas opulentas exposiciones que dejan esquilmada la hacienda nacional.

La Tribuna Popular, que jamás ha rehusado su aplauso entusiasta a todas las obras meritorias, tribútaselo placenteramente al ilustrado colega, representante en nuestra prensa de las letras nacionales.

Que el tomo segundo sea como el primero, tan proficuo en cosecha abundosa de laureles para sus jóvenes redactores, como enaltecedor del buen nombre del espíritu uruguayo en las manifestaciones raras del arte literario y de la ciencia.

Reproducimos a continuación el sumario del número que nos ocupa, en el que figuran nombres de nuestros más distinguidos y reputados escritores.—(*La Tribuna Popular*.)

Un acontecimiento literario.—LA REVISTA NACIONAL.—Esta importantísima publicación, redactada por los ilustrados literatos Daniel Martínez Vigil, Víctor Pérez Petit, Carlos Martínez Vigil y José Enrique Rodó, acaba de conmemorar su primer aniversario dando a luz un número que a su extensión, mayor que la ordinaria, une el mérito de la importancia de sus materiales, suscritos por las firmas más autorizadas de nuestro mundo literario.

Los nombres de Francisco Bauzá, Sierra Carranza, Carlos M. de Pena, Eduardo Acevedo, W. P. Bermúdez, Manuel Bernárdez, Teófilo Díaz, J. de Salterain, Abel J. Pérez, Víctor Arreguine y los de toda esa talentosa juventud que

forma la guardia joven de nuestra legión de literatos y constituye la más brillante esperanza para las letras nacionales, bastan para dar una idea de la importancia del número repartido.

Si a los citados se agregan los nombres de colaboradores extranjeros de la significación de Leopoldo Díaz, el parnasiano argentino, Roberto Huneus, uno de los primeros poetas jóvenes de Chile, Mariano José Madueño, reputado escritor peruano, Tomás Claramunt y Orestes Araújo, representantes distinguidos de la colonia española entre nosotros, Luis D. Destefanis, el viejo y estimado profesor y bibliógrafo italiano, y J.-G. Boron-Dubard, nuestro espiritual colega de la «Union Française», fácilmente se comprobará que ninguna publicación literaria en nuestro país, y quizás en Sud-América, ha reunido hasta ahora trabajos de un conjunto tan numeroso y brillante de cultores de las bellas letras.

El título con que encabezamos estas líneas no es, pues, un calificativo exagerado, sino la exacta expresión de la verdad y el testimonio de la simpatía con que este diario se adhiere al homenaje que debe tributarse por el público ilustrado a la primera de las publicaciones literarias aparecidas hasta hoy en el país.

Sólo nos resta, antes de transcribir el sumario correspondiente, formular nuestros votos más sinceros por la prosperidad creciente de la REVISTA NACIONAL.—(*La Prensa*.)

Revista Nacional.—Hace un año cuatro jóvenes cultores de la literatura concibieron la idea de fundar una revista que fuera la síntesis de la vida intelectual de nuestro país.

Laboremus fué desde un principio la divisa adoptada por esos trabajadores infatigables, y la labor fué ruda como ninguna, é imponentes los obstáculos que a la realización del proyecto se opusieron. Pero, a pesar de todos ellos, ó tal vez precisamente por causa de ellos, pues en ciertos caracteres las dificultades no producen otro efecto que aumentar sus energías, el proyecto se realizó, apareció la revista, y el 25 de febrero completó su primer año de vida.

Los que han seguido con atención la marcha de la REVISTA comprenden perfectamente la magnitud del esfuerzo representado por la reunión de ciento diez colaboradores, entre los cuales se cuentan personalidades descolantes, sólidas inteligencias, literatos de mérito indiscutible. Y creemos que los que no hayan podido apreciar este portentoso movimiento literario, podrán hacerse de él una idea aproximada con el último número del primer año, cuyo sumario es el siguiente:

Felicitemos a los directores de la REVISTA NACIONAL, deseando que continúen en su plausible obra, para honor de las letras nacionales.—(*El Siglo*.)

Revue Nationale.—Qui donc prétendait qu'il n'y a place de nos jours au banquet de la vie que pour les ambitions sordides?

Voici qu'une Revue faite de science et de littérature, éprise de vérité, de beau et de justice, a pu non seulement recruter pour la rédiger toute une pléiade de jeunes écrivains, mais encore réunir autour d'elle d'universelles et effectives sympathies.

Triomphant de l'indifférence cruelle et des rigueurs matérielles du moment, elle a pu se

maintenir en constant progrès et, après un an de lutte vaillante, camper sur des positions bien conquises, dont il ne semble pas qu'on puisse désormais la déloger.

Ses directeurs, MM. Daniel et Carlos Martínez Vigil, Víctor Pérez Petit et José E. Rodó peuvent être fiers de leur œuvre, car cette œuvre fait honneur à la jeunesse uruguayenne et est un gage de haute vie intellectuelle et civique pour l'avenir.

A l'occasion du premier anniversaire de sa fondation, la REVUE NATIONALE a publié un numéro extraordinaire, auquel un grand nombre de littérateurs et d'amis se sont fait un devoir d'apporter le tribut de leur collaboration. On peut juger, par les noms qui suivent, de l'attrait de ce numéro spécial:

Avec nos félicitations bien sincères pour l'œuvre de l'année écoulée, nous sommes heureux d'offrir à la REVUE NATIONALE l'expression des vœux bien sincères que nous formons pour sa prospérité grandissante pendant la nouvelle période qui commence.—(*Union Française*)

La Revista Nacional.—La interesante REVISTA NACIONAL DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES acaba de cumplir felizmente su primer año de existencia, y para festejarlo ha obsequiado a sus favorecedores con un número considerablemente aumentado en el número de sus páginas y con una carátula del mejor gusto.

La REVISTA NACIONAL, cuya importancia está creciendo día a día; se ha hecho acreedora de llamar vivamente la atención de nuestro público. Durante el año que lleva de existencia ha prestado un eminente servicio a la literatura nacional, ofreciendo a cada paso páginas de las más selectas, proporcionando a muchos jóvenes el campo necesario para revelarse y tomar vuelo.

La REVISTA NACIONAL, que ha tenido bastantes energías para vivir un año en nuestro pobre mundo literario, donde las publicaciones de su género han muerto siempre al nacer, es una revista que está destinada a vivir. Lo deseamos vivamente para bien de nuestras letras nacionales, y por los éxitos ya alcanzados felicitamos a su inteligente director el bachiller Daniel Martínez Vigil y a los dignos redactores que lo acompañan.

He aquí el sumario del último número de la REVISTA NACIONAL.—(*El Día*.)

La Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales.—Hemos leído con verdadero interés el número último de la publicación literaria que ve la luz pública en esta capital, titulada REVISTA NACIONAL DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES.

Registranse en él varios trabajos literarios en prosa y verso, a cuyo pie se leen las firmas de conocidos escritores nacionales, cuyo solo nombre es motivo suficiente para despertar atención é incitar a su lectura.

Contagiados con el espíritu pesimista que domina a todos ó a la mayor parte en nuestro país, la aparición de esta REVISTA nos causó pesadumbre al par que alegría; pesadumbre, porque desconfiamos de su vitalidad á causa de la indiferencia con que se acogen entre nosotros trabajos de esta índole y que les obliga a una vida efímera; y alegría, porque vimos al fin descollar entre tantos jóvenes salidos recientemente de los claustros universitarios, algunos que

pensasen en otra cosa que pasear las plazas ó voltear entre sus dedos la varita.

Felizmente nuestros pensamientos fueron equivocados, y la REVISTA NACIONAL ha vivido, y todas las apariencias indican que los obstáculos han desaparecido, quedando libre el camino á recorrer.

Todos los números hasta el presente publicados han tenido material importante y lucido, sin que una sola vez hayan dejado de aparecer trabajos de mérito, lo que habla muy en favor de sus redactores, dando la muestra de su actividad, pues si es cosa fácil llenar columnas con recortes ó traducciones, es cosa difícil hacerlo con originales.

Merecen ser felicitados sus jóvenes redactores, que, luchando con las mil dificultades que su empresa debe necesariamente haberles presentado, han conseguido cimentarla á fuerza de labor y de constancia.

Falta solamente ahora que no se duerman sobre los laureles conquistados, pues el abandono siquiera relativo sería de consecuencias fatales; el camino se presenta despejado, se han disipado las nieblas, el horizonte es vasto, y abarcarlo en toda su extensión debe ser el afán de los jóvenes que son los redactores y directores.

La lucha es la vida, y si hay elementos para sostener aquélla, ofrece ésta grandes atractivos; los desengaños y las ilusiones realizadas, los desalientos y las esperanzas, los ataques y los aplausos, son otros tantos elementos de combate que al chocarse con mayor ó menor energía nos dan la derrota ó el triunfo; si la primera, se cae con honor, y si el segundo, se prueba lo que valen la inteligencia, la fe y la constancia, recibiendo los vitorios de los bien intencionados.

Hasta ahora la REVISTA NACIONAL marcha al triunfo, se vislumbra ya cercano, y creemos firmemente que han de lograrlo sus activos y talentosos redactores.

¡Ojalá que al aplauso modesto que les tributamos desde estas columnas se unan otros de personas conocidas y autorizadas!—Bernardo de Guzmán. — (La Nación).

In biblioteca—La REVISTA NACIONAL di Montevideo ha testé publicato il suo 24.º numero, col quale termina la prima annata ed il primo volume della sua pubblicazione.

Il numero in discorso contiene articoli o pensieri di tutti collaboratori ordinari e straordinari del periodico.

.....
Como si vede, il numero é assai nutrito di materie e chinde bene la prima annata di questa pubblicazione periodica letteraria, la principale, nel suo genere, che vede la luce in questa capitale ed alla quale auguriamo sinceramente lunghi anni di prospera vita.—(L'Italia al Plata.)

Revista Nacional—El hecho de festejar un aniversario una revista de literatura y ciencias sociales, es entre nosotros algo que merece consideración especial.

La REVISTA NACIONAL que dirigen los señores Martínez Vigil (Daniel y Carlos), Pérez Petit (Victor) y Rodó (José E.), ha llegado floreciente á ese desiderátum de tantos periódicos literarios que entre nosotros se han fundado y han vivido vida de lirios.

Con legítima satisfacción la REVISTA NACIONAL ha festejado su aniversario publicando su número 24 con doble cantidad de páginas y con

acogida y abundante colaboración de escritores nacionales y extranjeros, como puede comprobarse sólo con la lectura del sumario.

.....
Saludamos á la REVISTA NACIONAL con nuestra palabra de aliento al verla salvar con entusiasmo el lindero de su primer año de vida.

(El Bien).

La Revista Nacional—Venciendo las dificultades que suscita á toda iniciativa levantada el mercantilismo y la nostalgia de la hora presente, la REVISTA NACIONAL acaba de cumplir el primer año de existencia.

Con tal motivo, se ha presentado á sus lectores nutrida de brillantes trabajos literarios que por su mérito evidencian una vez más la riqueza de la savia que alimenta á esa publicación y ha de consolidar su justo renombre.

¿Diremos que estos triunfos de la REVISTA NACIONAL, tan merecidos como arduos, nos han sorprendido?

En modo alguno. Lejos de extrañarnos, esperamos esos triunfos, precisamente porque encontramos desde el primer instante, que los fundadores de la REVISTA, al desplegar con bríos su simpática bandera, la desplegaban con la conciencia de su deber y de su fuerza.

Y una actitud semejante fué siempre seguida de la victoria definitiva.

Que el periódico que hoy conmemora su primer aniversario aliente nuevos años más; que su obra de mantener vivo el entusiasmo por las bellas letras y de pugnar por el éxito de las inspiraciones que firman su credo, se difunda y perdure, son nuestros votos más fervientes.—

R. P. M.

(La Revista de Derecho, Jurisprudencia y Administración.)

La Revista Nacional—Cumple hoy un año de existencia la brillante publicación que con tanto acierto dirigen los notables literatos Carlos y Daniel Martínez Vigil, Víctor Pérez Petit y José E. Rodó.

La REVISTA NACIONAL es, sin disputa, una de las publicaciones que más honran á la patria.

Que celebre la REVISTA muchos y felices aniversarios.—(El Ombú.)

La Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales—Celebró con su número 24,—un gran número en que figuran las principales firmas de nuestra literatura,—el primer aniversario de su fundación.

Al retribuirle el saludo que á nuestro 2.º aniversario dirige precisamente en ese número, saludamos íntimamente complacidos á sus laboriosos cuanto constantes redactores, que, con ardor é inteligencia que debe encrgullecerlos legítimamente, han vencido con tanto aliento los obstáculos del difícil camino, llevando á un alto grado de prosperidad su importante publicación.—(Caras y Caretas)



SUeltos

En la composición de D. Ramón de Santiago publicada en el número anterior con el título de *El campo de batalla*, aparecieron las erratas siguientes:

En la pág. 381, columna 1.ª, donde dice: Ya *envuelven* luego á las vecinas lomas, léase:

Ya vuelven luego á las vecinas lomas.

En la pág. 380, columna 3.ª, dice:

Que *envuelve* en panes la dorada espiga, debiendo decir:

Que vuelve en panes la dorada espiga.

—En el artículo de nuestro co redactor José E. Rodó, publicado en el mismo número y titulado *Menéndez Pelayo y nuestros poetas*, deben repararse también las siguientes erratas:

Pág. 383, columna primera, donde dice: «... la gloria que le rodeara *su* vida, etc.», léase: «... la gloria que le rodeara *en* vida, etc.»

Pág. 382, columna primera, donde dice: «... á quien no impulsan otros móviles que propósito iliterario del lucro», léase: «á quien no impulsan otros móviles que *el* propósito iliterario del lucro», etc.

De nuestro ilustrado compatriota y conocido jurisconsulto don Alberto Palomeque hemos recibido un opúsculo de 16 páginas que versa sobre la competencia del juez Letrado Civil de la Capital para conocer del juicio sucesorio de una persona cuyo domicilio estaba radicado en la campaña.

La argumentación que en pro de su tesis aduce el doctor Palomeque nos parece incontestable. Las citas de las leyes concordantes y la respetable opinión de competentes jurisperitos que invoca, demuestran palmariamente la bondad y justicia de la causa sostenida con tal acopio de razones por el distinguido ciudadano.

Hemos recibido del erudito escritor chileno Miguel Luis Amunátegui Reyes, conjuntamente con la carta que publicamos en otro lugar, sus dos obras *Borrones gramaticales* y *Al través del Diccionario y la Gramática*.

Pronto las tomaremos en cuenta.—

La falta de espacio nos obliga á dejar para números subsiguientes la transcripción de los artículos y sueltos publicados en la prensa de los Departamentos y del exterior, con motivo de la aparición del número con que cerramos nuestro tomo primero.

Por hoy nos limitamos á agradecerlos.